

REVISTA DE ALMERÍA.

PUBLICACION MENSUAL.

DIRECTOR,

DON AGUSTIN ARREDONDO.

AÑO II.

Tomo II.—Primer semestre de 1880.



ALMERÍA:

IMPRENTA DE D. MARIANO ALVAREZ Y ROBLES,

Calle de las Tiendas, núm. 19.





REVISTA DE ALMERÍA.

PUBLICACION MENSUAL.

DIRECTOR,

DON AGUSTIN ARREDONDO.

AÑO II.

Tomo II.—Primer semestre de 1880.



ALMERÍA:

IMPRENTA DE D. MARIANO ALVAREZ Y ROBLES,

Calle de las Tiendas, núm. 19.

Los trabajos se publican bajo la responsabilidad de sus autores: la redaccion no se hace solidaria de ninguna de las ideas que en ellos se sustenten; pues verdaderamente imparcial y tolerante, admite cuantas producciones se le remitan exponiendo todas las doctrinas, siempre que no se opongan, á juicio de la misma, á las eternas leyes de la Moral y sean dignas de figurar en las columnas de una publicacion de esta indole.

EL PENSAMIENTO MODERNO.

I.

Época crítica en la historia del pensamiento es la presente, condicionada en sus múltiples y variadas tendencias por los dilatados horizontes que abren al espíritu las investigaciones científicas y por las nuevas direcciones en que se manifiesta la especulación filosófica.

Á esta vitalidad exuberante, que no dá un momento de reposo á la activa inteligencia, aqueja, sin embargo, un hondo mal, representado en el carácter exclusivo de las doctrinas, en las que se divorcia de una manera lastimosa la teoría y la práctica. Esta separación y este alejamiento, engendra de un modo natural el exatepticismo, que, como necesidad histórica, señala los grandes vacíos, la deficiencia de estas construcciones científicas, cuyos procedimientos de indagación son limitados y circunscritos: de aquí que aparezcan como en verdadera oposición sistemas que se generan de una misma estirpe y que aceptando idénticos principios, son llevados por su vária interpretación, á resultados antitéticos, á conclusiones contradictorias.

En vano pretenden oponerse á este movimiento de transformación las antiguas escuelas, restaurando ideales que, legítimos en un tiempo, no tienen razón de ser en el momento; en vano se presiente como mera aspiración, la necesidad de una armonía que salve la crisis; el pensamiento, diversificándose hasta en sus últimas determinaciones, parece alejarse más y más del punto

comun de partida, punto inicial de su progresivo desenvolvimiento.

Pero esta misma situacion de oposiciones interiores, auxilia en cierto modo á la total obra de la ciencia, pues la actividad individual se determina de una manera más concreta, y las ciencias particulares ván completando sus organismos, resolviendo problemas que en sus relaciones más ó ménos inmediatas tocan á linages de estudios diferentes, señalando, por tanto, el nexo que les une, bajo la unidad del conocimiento.

La inconsistencia de la arquitectónica ficticia que preside á construcciones en las que predomina una base puramente convencional ó arbitraria, obra eminentemente subjetiva y en la que á lo relativo se le asigna un carácter absoluto y esencial, se previene en cierto modo al estimar la constitucion parcial del pensamiento científico, bajo el principio superior de la unidad, exigida á todo racional procedimiento; y que es imposible desconocer esta exigencia, lo prueba hasta el pensamiento pre-científico al pretender reconocer el *por qué* de las cosas.

Mas la actividad del conocer no se completa con procedimientos particulares, ni ménos se egercita bajo parciales formas, que á lo sumo abrazarian tan sólo una esfera de la realidad cognoscible; y por ello se requiere necesariamente aunar y egercitar todas las fuentes intelectuales, pues la ciencia, como sistema total de conocimiento, ha de comprender en sí todos los objetos, haciéndolos presentes á la conciencia.

De aquí que si los esfuerzos parciales señalan un progreso real en determinados ramos del saber, si el pensamiento, al emanciparse de los antiguos y limitados derroteros, protesta contra toda imposicion, no debemos, sin embargo, abandonarnos sin un norte seguro en las especulaciones científicas, sino aceptar la obra del pasado como preciada herencia de preclaros pensadores, completando los vacíos que un mayor conocimiento nos señala.

Es exigencia ineludible para este trabajo de comple-

mentacion, un criterio seguro de verdad comun é idéntico para todos, y cuyos resultados sean elevar el conocimiento cierto y evidente bajo el Principio absoluto de la Realidad. Así la Ciencia formará un solo sistema, un sólo organismo, del que serán trasunto fiel los organismos de las particulares ciencias.

No es llegado aún el momento de aplicacion de tales principios: las direcciones en que se mueve el Espíritu no se ajustan á la unidad que debe ante todo ser reconocida; siguiendo los diversos ramos del saber distintos caminos, aparecen en completa contradiccion los procedimientos adoptados, y cada ciencia reviste propio carácter de originalidad, cultivándose en formas diferentes de las por tradicion aceptadas: tal es la situacion presente del pensamiento crítico.

II.

Entre las ciencias especulativas que las nuevas direcciones pretenden modificar de una manera notable, ocupa lugar preferente la Lógica.

Perpetuada la tradicion del filósofo Stagirita en la Edad media y aceptada despues por Descartes y Kant sin las modificaciones que aconsejara la deficiencia de las teorías del método y certeza, Bacon en su *Novum organum* trató de restaurar la Lógica bajo el punto de vista experimental, en oposicion á la direccion que pudiéramos llamar especulativa.

Continuadores del trabajo de Bacon cuéntanse hoy en la escuela inglesa, aunque en dos sentidos diferentes. Para unos la Lógica abraza la teoría de la induccion y de la prueba experimental, y para los otros la ciencia de las leyes del pensamiento: de aquí que una direccion sea inductiva y la otra puramente formal.

Los resultados de tan diversos caractéres son en cierto modo opuestos, pues si para los representantes de la primera el silogismo no es sino el resultado de repetidas inducciones, para los de la segunda la deducion tiene valor propio y real, teniendo como tenden-

cia reemplazar todos los métodos fragmentarios de la antigua analítica, fundando *un análisis matemático de la Lógica formal*.

La *Nueva analítica* cuyo iniciador ha sido Hamilton fúndase en el principio de la *cuantificación del predicado* en los juicios, doctrina que conduce á la constitucion de la Lógica algebraica, organizada como un sistema perfecto por Boole.

Armonia entre el silogismo y las ecuaciones: tal es el punto de vista general aceptado por los que hacen de la Lógica formal una especie de álgebra, aunque en los pensadores dichos hay una profunda diferencia, pues si para el primero la Lógica matemática es tan sólo una notacion simbólica para el segundo tiene un principio científico.

(Se continuará.)

AGUSTIN ARREDONDO.

LA MATANZA.

Convencido estoy de que al leer el espeluznante título que vá á la cabeza de estas líneas, más de algun aficionado á los estudios históricos dirá para su capote (si es que existe en estos tiempos un español que no sea cura, militar ó empleado y tenga esa prenda de abrigo): ¿Qué matanza será esta? ¿Será la que se refiere con bastante minuciosidad en el cap. XII del Exodo, versículos 29 y 30?

«29. Y aconteció que á la media noche Jehová hi-
»rió á todo primogénito en la tierra de Egipto, desde el
»primogénito de Pharaon, que estaba sentado sobre su
»trono, hasta el primogénito del cautivo que estaba en
»la cárcel, y á todo primogénito de los animales.

»30. Y levantóse aquella noche Pharaon, él y todos
»sus siervos y todos los Egipcios, y habia un gran cla-
»mor en Egipto, porque no habia casa donde no hubie-
»se muerto.»

¿Aludirá el autor á la degollina de los Inocentes ordenada por Herodes, que, segun lo que de él nos refieren las crónicas, era una especie de Cura de Santa Cruz al servicio de los romanos?

Quizás nuevos datos hallados por paciente bibliófilo darán más detalles sobre la atrocidad aquella ocurrida en París el 24 de Agosto de 1572, cuando al toque de rebato y en las sombras de la noche fueron asesinados unos cuantos millares de pícaros hugonotes, sacrificados por el fanatismo estúpido de la reina Maria de Médicis, Cárlos IX y el Duque de Guisa.

Ó puede ser que volvamos á leer una de tantas descripciones de algun auto de fé celebrado en los felices

días de los señores reyes D. Felipe II ó III y el no menos excelso D. Cárlos II, que exparcian su ánimo con el lúgubre espectáculo del achicharramiento de unos cuantos prójimos llevados al brasero en medio de un ejército de frailes de todos colores, descalzos y con botas, que en el apacible retiro de sus conventos lloraban las miserias de España.

Es probable que el que emborriona estas cuartillas sepa y nos revele algun misterio oculto que esplique las causas del capricho del Presidente de la República Francesa el 2 de Diciembre de 1852, dia nefasto en el que se coronó emperador el hombre que, segun la frase del gran Víctor Hugo, habia encendido su linterna de esbirro en el Sol de Austerlitz.

Todo eso acaso se preguntará el pío lector; pero cesarán sus dudas cuando yo le diga que se ha engañado de medio á medio.

Un amigo mio crée inútil el estudio de la geografia, porque dice él que así que se apague el Sol y el planeta se queda naturalmente á oscuras, de nada nos servirán los años que hayamos perdido en aprender los nombres de tantos reinos, ciudades, islas, volcanes, rios y montañas como encierra el universo.

Yo, á mi vez, proclamo desde el balcon de mi casa, que juzgo perjudicial para la moral y las buenas costumbres el estudio de la historia, y por lo tanto no habia ahora de quebrarme los cascos allegando nuevos materiales y noticias con que esclarecer los sucesos á que ligeramente he aludido.

Todos estamos conformes en que la matanza de los hijos de los Israelitas debió pensarse un poco, pues en verdad fué una resolucion algo violenta.

La de los Inocentes merece toda mi execracion.

La de los Hugonotes la condeno con toda la energia de un Pedro de Arbues.

No transijo la millonésima parte de un segundo con los autos de fé ni con los frailes.

Y sobre el asunto del 2 de Diciembre, en Sedam se pronunció la sentencia.

Tranquilícese el lector; no tratamos de eso.

La época actual ha tenido abogados para todas las opiniones, adalides y defensores para todas las ideas; sólo hay un sér que como el esclavo en la ergástula, yace olvidado, sin que el tumulto de las diarias luchas en que se destrozan partidos, escuelas, sectas y agrupaciones diversas, deje oír el triste gemido de ese desheredado, de esa víctima cuya suerte y cuyo porvenir deben fijar la mirada y llamar la atención de los hombres pensadores.

Al expresarme así, ya habreis adivinado que me refiero á todos los marranos del globo.

Las instituciones y las leyes, los reglamentos y los bandos de policía se han conjurado contra el reposo de ese desdichadísimo cuadrúpedo, y se le prohíbe que pueda permanecer dentro del recinto de las poblaciones, mientras el conejo doméstico habita en nuestros corrales horadando las paredes de medianería, y la tímida gallina, no más sal-rosa que el perseguido puerco, campa por sus respetos hasta en las calles de la ciudad.

¿Qué privilegios tuvieron
Que yo no gocé jamás?

Eso podrá decir con justicia ese cochino generoso, ese cochino noble que nos dá su vida, su sangre y hasta el rabo, en tanto que de los demás animales destinados á la alimentacion humana, hay que desperdiciar una considerable parte.

La capital de la monarquía que tiene calle del Perro, calle del Gato y calle del Leon, no tiene una calle del Cerdo, y en nuestra misma Almería existe una vía pública con el nombre del Gallo y ningun municipio ha pensado todavia en reparar tamaña injusticia, bautizando con el nombre de nuestro patrocinado alguna de las nuevas calles que se van abriendo al tránsito en los barrios de reciente construccion.

La Hacienda, ese abismo que se vá tragando poco á poco el dinero de los españoles, no ha perdonado al cerdo

y lo há preso en las redes de su codicia, dando motivo á diversos conflictos, motines y asonadas, en las que las masas populares, arrastradas por su instinto generoso, han protestado enérgicamente contra el odioso impuesto que pesa sobre tan útil y filosófico cuadrúpedo, gabela que se recauda en los precisos y terribles momentos que preceden al sacrificio de la víctima, cuyo triste suceso se verifica por tradicional costumbre en ese mes que empieza con la fiesta de Todos los Santos y acaba con San Andrés.

Debo consignar la extrañeza que ésto me causa, pues considero con mejor derecho para ejercer ese patronato al bendito San Anton y no seria ocioso que este negocio se depurase, para que algunas conciencias, entre ellas la mia, se tranquilizaran, y reinase la paz y la concordia entre les fieles.

La prueba irrefragable de la creciente importancia social de nuestro cliente, la tenemos en la disposicion adoptada por el Sr. Ministro de Hacienda, por la cual se ordena un empadronamiento general de toda la especie, y yo he visto la cédula personal, digámoslo así, del marrano de un vecino mio, matriculado con el número 114, habiendo notado la censurable omision de que dicho documento carece de la casilla necesaria para estampar en ella las señas particulares del interesado, omision que en caso de fuga ó raptó de éste, ha de poner en grave apuro tanto á la Guardia Civil como á los individuos de la policia judicial.

Creo, pues, que sin perder un minuto, la Direccion General de Impuestos subsanará esta ligera falta, y así podremos leer, por ejemplo, el dia menos pensado, la siguiente enumeracion de las cualidades que adornan á alguno de estos contribuyentes.

Señas particulares del marrano de D. Juan Fernandez, núm. 200:

Nariz, chata.

Ojos, melados.

Patatas, cortas.

Rabo, largo.

Boca, grande.

Color, bueno.

Pelo, escaso.

Voz, áspera.

Nota: No ha corrido todavía la suerte, ni es padre de familia. No sabe leer ni escribir, como la mayoría de la raza... española.

Otra reforma, que debiera á mi juicio introducirse cuanto más ántes, y que recomiendo á todas las personas de sentimientos filantrópicos, es la de hacer menos dolorosa la estancia en la capilla de los individuos sentenciados á muerte.

Ignoro la razon de sugetar á esos desdichados á una dieta rigurosa, las 24 horas que preceden al instante fatal en que lanzan su último suspiro.

Yo he visto que á los reos de pena capital se les concede todo lo que piden, y hombre ha habido que para ahogar su dolor en lance tan tremendo, se ha puesto á medios pelos y se ha sentado en el banquillo del patíbulo con la misma serenidad que lo hubiera hecho en el sillón de la barbería.

¿Qué motivo existe, pues, para que no se observe igual conducta con el cerdo, destinado á ser el manjar más suculento de la cocina doméstica?

Váyanse allá los *beefsteaks*, los *roastbeef*, los *chateaubrieds*, *vol-au-vents*, el *paté de foie gras* y los otros embelecocos culinarios de las cocinas extrangeras; mis lectores y yo preferiremos siempre el rico puchero ú olla podrida nacional, con su chorizo rojo, su negra morcilla, su blanca col, y á más de eso, las *chuletas empanadas*, el *hígado con salsa colorada*, el *solomillo con adobo* y los variados guisos á que el cerdo, ese cerdo para quien nos mostramos tan ingratos, sirve con sus tasajos de base y de fundamento.

No será esta la última vez que moje la pluma en defensa de los derechos y preeminencias de tan respetable

clase social; si tuviera alientos para ello escribiría y daría á la estampa la

HISTORIA POLÍTICA Y LITERARIA DEL CERDO ESPAÑOL,
*su influencia en nuestras costumbres, nuestro carácter,
nuestra constitucion fisiológica y el desarrollo de
nuestra raza.*

Quizás esa obra para la que he allegado preciosos datos y he practicado penosas investigaciones en todos los mataderos y fielatos de consumos de España, me abriese de par en par las puertas de la Academia; mas ¡ay! mi tradicional pereza me lo impide y el convencimiento en que estoy de que nuestros gobiernos, si subvencionan otras obras de menor importancia, no darán un cuarto para la realizacion de mi humanitario pensamiento.

Voy á terminar con el corazon traspasado por el puñal de la más aguda de las penas; en estos momentos escucho, desde la habitacion en que escribo, los desesperados lamentos de uno de esos séres de que vengo tratando; sin duda el infeliz está ya tendido y amarrado sobre la mesa que le sirve de cadalso; un hombre, mil veces cruel y traidor, clava el cuchillo en la garganta de la víctima. Ya no se oyen sus gritos pidiendo auxilio; corro hácia la ventana y ¡oh espectáculo horroroso! allí está agitándose con las postreras convulsiones de la agonía; el asesino le contempla con una calma que me hiela de espanto; una maritornes, con la mano introducida en ancho lebrillo, menea con rapidéz la sangre de aquel marrano inocente; más léjos brilla la siniestra luz de una hoguera y en los rostros de aquellas gentes inhumanas se retrata la más salvage alegría y aún algunos se relamen como lo hace el chacal despues de su festin. ¡Ese es el hombre! ¡El Rey de la Creacion!

Me declaro desde ahora enemigo de las instituciones que trata de representar, y repito con el poeta:

¡La muerte de un contrario valeroso
Solamente el que es vil la solemniza!

JUAN GUTIERREZ DE TOVAR.

DOS EN UNO.

Yo soy la noche, tú eres el día,
yo soy la luna, tú eres el sol;
si tú faltaras, me moriría,
porque yo vivo de tu calor.

Tú eres el tronco, yo soy la rama,
tú eres el tallo, yo soy la flor,
yo soy el humo, tú eres la llama,
tú la alborada, yo su arrebol.

Tú eres aroma, yo soy la brisa,
yo soy la linfa, tú el manantial,
tú eres el gozo, yo la sonrisa
yo el pensamiento, tú su ideal.

Soy el suspiro de un ánsia vaga,
tú el sentimiento que le engendró,
esencia pura que me embriaga,
vaso en que hierve mi corazón.

Soy pebetero lleno de flores,
tú su perfume, tú su color,
tú un haz de luces, los resplandores
soy yo, que vierten en la creación.

Tú eres la nota que el alma hiere,
música eterna y angelical,
yo soy el eco que nunca muere,
las vibraciones de tu cantar.

Eres el nido, yo soy el ave,
eres la fronda, yo su rumor,
eres el lago, yo soy la nave,
eres el cielo, yo su fulgor.

Tú el arrebató, yo soy el beso,
yo soy la esencia, tú eres su luz,
tú eres la vida, yo su embeleso,
yo el entusiasmo, la fuente tú.

Yo soy la nube, tú eres la bruma,
los dos vivimos el mismo ser,
como en la ola vive la espuma,
como en la risa vive el placer.

Así en el bosque la voz decía,
y preguntaba mi corazón:
—¿Quién eres? y ella le respondía:
—¿No lo comprendes? Soy la *Poesía*.
—¿Pero y el otro?—Es el *Amor*.

ANTONIO RUBIO.

ESCRITORES ALMERIENSES.

INTRODUCCION.

Que el movimiento intelectual de nuestras provincias arrastra una vida penosa y sufre prolongados eclipses, mostrándose tan sólo á intervalos en efímeras y fugaces llamaradas, es una verdad tan palmaria y evidente que sin esfuerzo alguno se demuestra.

Atribúyase esto al monopolio que en todos los ramos de las ciencias y las letras ejerce la capital de España, á ese afan centralizador que convierte á Madrid en el único foco donde se dán cita las más poderosas inteligencias de la nacion, dejando en lastimoso abandono al resto del país, tan necesitado del apoyo de todos sus hijos para salir de la postracion y abatimiento en que se halla sumido; ó cúlpese á nuestro carácter indolente y á nuestro natural desidioso y apático; bien sea por la influencia del clima, por nuestras fútiles costumbres ó por otras causas, en fin, de índole diversa y complicada—entre las cuales acaso no sea la ménos importante la falta de recompensa que obtienen las producciones del ingénio, pero cuyo inconveniente no podrá vencerse jamás si al principio no se sufre con resignacion, hasta aclimatar, por decirlo así, entre nosotros, esa planta exótica, pues pocos negocios rinden en sus comienzos pingües rentas y por regla general ésto sólo se consigue pasado algun tiempo

y á fuerza de trabajo y de constancia,—lo cierto es que nuestro indiferentismo en materias de tan vital interés raya en lo inverosímil y apenas puede señalarse porcion escasísima de impenitentes devotos, dedicados al cultivo perpétuo y austero de aquellas importantes ramas del humano saber.

Limitándonos por hoy al exámen de los elementos con que cuenta y los frutos que produce este nuestro siempre amado país, veremos tambien confirmada la regla ántes establecida en el estado poco halagüeño de nuestro nivel intelectual.

Verdad es que si comparamos la situacion presente con otras anteriores, ya pasadas por ventura, se nota un progreso ciertamente consolador: la instruccion se ha extendido de un modo considerable; hánse borrado multitud de preocupaciones que servían de pasto á cabezas enfermas y delirantes, y el amor al trabajo y al estudio se arraiga más profundamente cada dia; pero nos falta, sin embargo, mucho aún para poder considerarnos satisfechos y deber nuestro es no descansar un instante hasta conseguirlo.

Fomentemos por todos los médios la aficion á la lectura y la enseñanza; hagamos en la prensa, ahora palanca poderosísima de la civilizacion, incesante y activa propaganda, para divulgar las ideas modernas y difundir las nociones de la educacion moral del pueblo; acudamos á esos palenques abiertos á todas las doctrinas que se llaman sociedades científicas; contribuyamos, cada cual en su esfera propia de accion, al mejoramiento de las actuales condiciones, los oradores con su palabra, los escritores con su pluma, los poetas con su canto, y el triunfo es nuestro; que si hoy parecemos condenados á eterna impotencia y á representar tan sólo una minoría exígua, mañana alcanzaremos suprema y definitiva victoria.

Para lograr este resultado, necesario es trabajar con denuedo, sin desmayar por los obstáculos ni abatirse por las contrariedades; y así, bien merecen del país profundo agradecimiento cuantos ponen al servicio de causa tan justa el concurso eficaz de su privilegiada inteligencia.

Á pesar de todo, y lejos de ofrecer el debido tributo de admiracion á los que ilustran con su nombre el de la

pátria, contribuyendo á hacerla avanzar por la senda del progreso, cuando se presentan individualidades que se destacan en el monótono cuadro de la vulgaridad, cuando se inician pensamientos generosos y levantados, en vez de alentar á aquellas y felicitarse de su aparicion y en lugar de coadyuvar al desarrollo de estos, para que no resulten infructuosos y estériles, parece que existe especial empeño en descorazonar á las unas y destruir en gérmen los otros, no sólo con la frialdad más funesta y la negligencia más perniciosa, sino, lo que aún es peor, muchas veces con las chocarrerías más bajas y las frivolidades más insulsas.

Tendamos la vista por el cuadro que nos ofrecen otros muchos pueblos hermanos, y advertiremos pronto la distancia que de ellos nos separa: mientras que en todas partes se buscan incentivos poderosos para la continua produccion de obras importantes, nosotros permanecemos inmóviles en la atonía de siempre y en la postacion y en la inercia más absolutas; nosotros carecemos de esos estímulos que tanta influencia ejercen, y desconocemos nuestra propia historia; nosotros, envueltos en el egoismo y la incuria más censurables, vivimos como séres de una escala zoológica inferior, sin deseos, sin esperanzas, sin proyectos, sin algo que nos agite y nos conmueva, con una vida que es muerte por lo abatida y lo abandonada, ocupados si acaso únicamente en luchas mezquinas y en ruines contiendas.

Hora es ya, pues, de que cese para siempre esta situacion anómala; hora es ya de que sacudiendo el marasmo y la apatía, nos decidamos á llevar cada uno nuestro contingente, por modesto que sea, á la obra provechosa que indicamos.

El presente libro responde á estos deseos, por lo que á nosotros toca: en primer término, tiende á reanimar en lo posible el decaido espíritu de nuestra juventud, á mostrar al país los nombres de sus hijos que le honran y enaltecen con sus talentos, á hacer alguna luz sobre individualidades generalmente desconocidas ú olvidadas; y además, aspira á llenar una necesidad hace tiempo sentida, cual es la de reflejar en síntesis nuestro presente movimiento intelectual, pues retratado queda al señalar los trabajos de aquellos que lo impulsan.

Equivocaríase grandemente, sin embargo, el que nos considerára satisfechos de nuestras tareas y nos creyera convencidos de haber hecho una obra digna del objeto á que ésta se dedica: aparte de que jamás pensamos conseguirlo, reconociendo la escasez de nuestras fuerzas, el propósito que á llevarla á cabo nos animó fué tan sólo indicar el camino, para que otros más competentes avancen hasta donde nosotros no logramos llegar, por lo cual nada mas que como un ensayo ofrecemos al lector estos apuntes, segun su corta extension por otra parte revela. Quizás se noten en ellos muchos vacíos y existan importantes personalidades no mencionadas aquí; pero ni nosotros conocemos todo lo que sería preciso para no incurrir en omisiones ó errores involuntarios, ni tampoco nos hemos propuesto tratar de todas aquellas, sino únicamente de las que mejor nos ha parecido, para lo que nos asiste un perfectísimo derecho, pues imitando la frase de cierto escritor, podemos decir que al poner término á este trabajo, no queremos dar á entender que no haya más escritores almerienses, sino únicamente que nosotros no coleccionamos más apuntes de esos escritores. Por lo que respecta á los que hoy nos decidimos á dar á la estampa—referentes no tan sólo á hijos de la capital, sino tambien á los de toda la provincia, que aún actualmente viven,—hemos procurado recojer todos los datos posibles para que no pecáran de incompletos con exceso, formulando imparcialmente, al consignarlos, las consideraciones que nuestro leal saber y entender nos ha dictado; más si á pesar de todo no logramos lo que nos propusimos, á escasez de medios y á imposibilidad absoluta debe atribuirse; no, ciertamente, á falta de buen deseo.

No ignoramos que al publicar estos ligerísimos perfiles nos exponemos á sufrir censuras de índole y clases bien distintas, mucho más cuando hemos tenido que dirigir algunos cargos, al mismo tiempo que tributar elogios y aplausos, para ser desapasionados y justos, á algunas individualidades de las retratadas en los mismos, y no está en nuestra mano evitar que puedan atribuirse aquellos y estos á sentimientos nada compatibles con la imparcialidad y el acierto; pero como no tenemos, ni mucho ménos, la pretension de ser infalibles ni inviolables,

claro es que no habiamos de condenarnos á un retraimiento voluntario por el temor de no atinar siempre ó por el recelo de merecer críticas más ó ménos acres ó suaves; que en este caso, ya podian ir rompiendo sin piedad sus plumas cuantos á las nobles lides de la inteligencia se dedican. Sin duda alguna, acompañan á los informes bocetos que ahora presentamos á la consideracion del público y recomendamos á su benevolencia inagotable, salientes lunares y graves imperfecciones: tén-gase, no obstante, en cuenta la falta absoluta de trabajos de esta índole entre nosotros,—por lo cual las dificultades de encontrar noticias suben de punto,—y la indulgencia que merece quien por vez primera se aventura en la realizacion de una obra jamás intentada, procurando suplir su carencia de ingénio con la bondad de sus fines y el objeto laudable de sus tareas. Y en cuanto á la censura que anticipadamente sabemos ha de dirijérse nos por incluir en esta coleccion, no sólo á ingénios que ahora empiezan á producir sus frutos, sino también á aquellos otros que, ya en la edad madura, si bien consiguieron adquirir cierto renombre entre nosotros, no salvaron los límites de la ciudad ni lograron extensa fama, hemos de decir que precisamente por eso damos á la estampa estos apuntes, para alentar al que comienza y ensalzar al que fué injustamente olvidado, á fin de poner á cada uno en el lugar que le corresponde; este libro se escribe entre nosotros, y por tanto, sólo lo que entre nosotros existe ha de consignar, no lo que en otras capitales pueda encontrarse: que debiera ó no, por lo mismo, salir á luz, es ya cuestion distinta; nosotros así lo hemos considerado conveniente, y esta razon debe bastar para todos los que no pretendan nos guiemos por juicios ajenos y reconozcan nuestro derecho á hacerlo por los propios.

¡Ojalá, pues, que tras los ratos invertidos en estos modestísimos ensayos y las molestias que necesariamente llevan consigo, no incurramos todavía en el desagrado de nadie, y que la rectitud de nuestras intenciones nos absuelva de muchas faltas que anticipadamente reconocemos!

PRIMERA PARTE.

Mucho hemos vacilado ántes de resolver el plan que debíamos seguir en éste trabajo, por las dificultades que ofrece el dar unidad, armonía y adecuadas proporciones á sus partes. Decididos al cabo á dividirlo en dos grandes secciones, damos comienzo á la presente, que ha de contener las sucintas biografías de aquellos compatriotas nuestros que más lograron distinguirse en los diferentes ramos de las ciencias y las letras, y conquistaron justa fama, no ya sólo en los límites de esta provincia, sino en más altas y brillantes esferas.

*
* *

D. NICOLÁS SALMERON Y ALONSO.

Nada más lógico que inaugurar esta galería de bocetos con el dedicado á diseñar ligeramente los rasgos generales del génio, las obras y el carácter del varon ilustre cuyo nombre figura al frente de estas líneas. Párecenos que cuando desde las esferas más humildes de la sociedad y en lucha abierta con los más insuperables obstáculos, amontonados siempre para cerrar el paso á nobles aspiraciones y rendir viriles y enérgicas voluntades, lógrase al cabo, sólo con el poder del talento y la fuerza de un ánimo inquebrantable y una perseverancia á toda prueba, remontarse primero por encima del nivel comun, ascender luego á los puestos más altos, y merecer, por último, la admiracion de las gentes y el aplauso entusiasta de los doctos, quien así se eleva y rebasa los límites de la vulgaridad ó de la medianía y quien de ese modo logra famoso renombre, ocupa por derecho propio el más preferente lugar entre todos los ingénios de su país. En este caso se encuentra sin duda el Sr. Salmeron, cuya rápida biografía vamos á intentar hacer seguidamente, demostrando con

sus conclusiones aquella verdad á todas luces innegable.

Nació Salmeron en Alhama, pueblo de esta nuestra provincia de Almería, el 10 de Abril de 1838; cursó las asignaturas del grado de Bachiller en el Instituto de la capital, y preciso es confesar que en estos primeros tiempos hubo de distinguirse bien poco, segun de público hemos oido; lo cual prueba con evidencia que si existen entendimientos prematuros y precoces, nada desfavorable revela para otros el no serlo, pues ciertas inteligencias adquieren sólo un desarrollo admirable con los años y no es posible juzgarlas por las muestras poco brillantes que dén acaso de sus aptitudes en determinado linaje de trabajos. Y hé aquí por qué no es para nosotros prenda segura de nulidad intelectual la escasez de láuros conquistados en las áulas, ni tampoco revelacion fija de poderosos alientos del ingenio el obtenerlos: todos los establecimientos docentes cuentan con alumnos poco notables que despues, sin embargo, dan muestras de su valía en otras esferas, y en cambio muchos que allí sobresalen, desaparecen más tarde y se confunden en el monótono cuadro de lo adocenado y lo comun, si bien hay á cada paso, como es natural tambien, ejemplos abundantes de lo contrario. Pero viniendo á nuestro punto concreto de las tareas escolares de Salmeron, lo cierto es que así transcurrieron sus primeros lustros, marchando, una vez terminados los estudios preliminares, á la Universidad de Granada, donde comenzó las carreras de Filosofía y Letras y Derecho civil, que terminó despues en Madrid á la edad de 18 años, ó sea en 1856.

Una vez concluidas ya éstas, es cuando acaba para Salmeron el periodo de su historia juvenil, y empieza la del hombre público.—Para proceder con método y con orden, examinaremos primero las alternativas y hechos de su vida profesional, indicaremos luego las obras y escritos debidos á su pluma, lo consideraremos despues como político, y daremos, por último, fin á nuestros comentarios con algunas observaciones sobre su carácter y costumbres.

Comenzando, pues, por anotar las variantes que se registran en su hoja de servicios académicos, diremos que Salmeron ingresó en el profesorado como auxiliar de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid; hizo oposiciones en 1864 á la cátedra de Historia, vacante en la de Oviedo, consiguiendo ocupar el primer lugar en la terna; obtuvo más tarde, también por oposicion, otra de Filosofía en la Central; y alcanzó al cabo, por igual procedimiento, la de Metafísica de la misma Universidad, en 1869.

Entonces fué cuando obtuvo completo desarrollo el gran espíritu de nuestro insigne compatriota; vertíanse en sus esplicaciones verdaderos torrentes de luminosas teorías filosóficas; acudía á escucharle numeroso público, ansioso de oír la palabra del maestro, y ésta, siempre inspirada, hacía desfilar ante la vista de sus admirados discípulos, todos los sistemas de la ciencia objeto de sus especulaciones, que se disputan en reñido combate el predominio y la victoria. Sometidas eran á un exámen detenido y atento las doctrinas de Kant, Fichte, Hegel, Krause; derribaba con su crítica vigorosa los ídolos de una escuela; ponía de relieve los fundamentos racionales de otra y sus principios de verdad y de certeza, y en síntesis maravillosas abarcaba con frases sublimes todo el conjunto de la filosofía contemporánea. ¡Suprema lucha por cierto y glorioso vencimiento el suyo! Remontóse á las alturas con su vuelo de águila el poderoso espíritu de Salmeron, y colocóse éste,—sentimos verdadero orgullo en consignarlo,—á la cabeza del movimiento filosófico de nuestra Pátria... Y sin embargo, cerradas á la venida de la Restauracion las válvulas del pensamiento abiertas por la libertad; reducida de nuevo la enseñanza oficial á los estrechos moldes del exclusivismo escolástico, vióse arrojado Salmeron de su puesto universitario, siguiendo la suerte de tantas otras víctimas de nuestra reaccion política, como Castelar, como Giner, como Azcárate, ilustres profesores que dieron ayer honra y esplendor al claustro del primer establecimiento científico de España y que per-

manecen hoy separados de sus cátedras. Pero no es el presente lugar apropiado para juzgar esta medida, sobre la que ha recaído ya por otra parte el fallo inapenable de la opinion, y continuamos nuestras consideraciones sin detenernos.

Se ha acusado generalmente á Salmeron, como á casi todos los de su escuela, de ser poco claro y comprensible en la exposicion de sus doctrinas y de expresarlas en una forma oscura y poco castiza. En nuestro sentir, hay algo de fundado en este cargo, pero tambien mucho de injusto. A no estar cegado por la pasion de la secta, nadie dejará de reconocer que el tecnicismo filosófico de nuestros dias adolece de aquel defecto; y si bien es verdad que ciertas ideas, de por sí abstrusas y dificiles de ser pronto entendidas, no pueden explicarse de otro modo, y es necesario para enunciarlas forzar en determinado sentido el idioma, que carece de voces y giros propios y adecuados para el caso, no lo es ménos que han podido vencerse muchos de esos inconvenientes, y que al afan de revestir de cierta solemnidad y aparato ideas bien sencillas, y á las preocupaciones y resabios de escuela, cabe mucha culpa de aquel mal. Se ha exagerado, no obstante, la acusacion en demasia, y no se ha tenido en cuenta que gran parte de las faltas que se imputan á algunos discursos y escritos filosóficos, no existen realmente, pues todo proviene de la escasa preparacion de los oyentes ó lectores en las materias de que aquellos tratan: si á nadie puede ocurrírsele que entiendan á simple vista, por ejemplo, las fórmulas de un tratado de geometría analítica los profanos jamás versados en esta ciencia, ó áun los que iniciados ya algo en los estudios matemáticos, se han reducido sólo á los elementales; por qué ha de pretenderse que con respecto á la filosofía todo cámbie, y cuanto sobre sus complicados problemas se piense y exponga, deba presentarse con la misma claridad y transparencia de pensamiento, ó poco ménos, que un cantar del pueblo? Á las investigaciones científicas no puede exigírseles tanto, y todo lo que en este respecto se propale, carece,

por consiguiente, de sólida base y fundamento racional.

Esclarecido ya tan importante punto, pasemos á indicar las diversas producciones debidas á la pluma de Salmeron. No sobresale éste ciertamente por su fecundidad; escasos nos parecen los escritos que ha dado á la estampa, con ser vários, y declaramos sin rebozo que, á nuestro juicio, hay sobrada razon para esperar de hombres tan doctos como él más actividad y abundancia de trabajos, si bien no desconocemos que en ésto influyen mucho las circunstancias y accidentes de la vida, y que es aventurado lanzar de plano ciertas reconvencciones, sin tener ántes un perfecto conocimiento de aquellas, por lo que toca á los ingénios que se juzgan y consideran. En cámbio, no pecaremos de parciales si aseguramos que todas las obras publicadas por Salmeron llevan impreso el sello de su talento poderoso y merecen el calificativo de notables y excelentes.—En la imposibilidad de dar cuenta detallada y minuciosa de cada una de ellas, nos limitaremos á enumerarlas brevemente.

Que nosotros sepamos, contiénense de Salmeron en la *Revista de la Universidad de Madrid*, vários artículos sobre *La libertad de enseñanza*, *El Imperio árabe español hasta la invasion de los almoravides*, *Concepto de la Metafisica y plan de su parte analítica* y un *Programa de Biología*; en la *Revista Hispano-Americana*, otros acerca de *Jacobi, filósofo* y *La filosofia novísima en Alemania*; en la *de Andalucía*, dos sobre *La filosofia y la cultura popular*, y en la *de Sevilla* una leccion sobre *Atila*: además, andan esparcidos y desperdigados por los periódicos algunos otros trabajos, tales como la *Necesidad de fijar la idea de justicia*, etc., y son tambien dignos de atencion y aplauso, por su mérito relevante, el discurso que leyó al recibir la investidura de Doctor en la Facultad de Filosofia y Letras, y el pronunciado ante el tribunal de imprenta defendiendo á *El Solfeo*. Tiene escrita asimismo una *Antropologia*, inédita, citada por D. Francisco Giner en sus «Lecciones de Psicologia,» y el cual dice que la publicacion del

referido libro causará profunda sensacion en el mundo científico, abriendo horizontes completamente nuevos á este género de estudios; no hace mucho tiempo comenzó á redactar, en union del distinguido escritor D. Angel Fernandez de los Rios, unas *Cartas quincenales de Paris*; y en fecha bien reciente ha puesto á la obra de Don Hermenegildo Giner «Filosofía y arte,» un extenso y profundo *Prólogo*, en el cual cree notar la crítica una evolucion importante verificada en el espíritu de Salmeron,—que no podía permanecer inaccesible á las corrientes positivistas que invaden hoy el campo de la ciencia,—pues parece colocarse entre los mantenedores de las nuevas doctrinas filosóficas y aceptar las más atrevidas conclusiones de Spencer, Hæckel y Hartmann. Fuera de ésto, sólo consideramos merecedores de cita y encómio su *Brevisimo Compendio de Historia Universal*, que escribió con nuestro ilustrado compatriota D. Federico de Castro (cuya biografía hacemos tambien, á continuacion de la presente), sus *Introducciones* á los «Conflictos entre la religion y la ciencia» de Draper y á la «Generacion de los conocimientos humanos» de Thibergien, y la traduccion de la «Historia de la humanidad» de Laurent, hecha juntamente con algunos compañeros. Actualmente escribe tambien, con destino á la «Biblioteca Jurídica de Autores Españoles,» una importante obra.

Hora es ya de considerar á Salmeron como político. —Afilado desde su juventud al partido democrático, fué durante algun tiempo redactor de *La Discusion*, donde hizo brillantes campañas contra los procedimientos reaccionarios de los gobiernos moderados; despues abandonó la redaccion de dicho periódico, por algunas diferencias surgidas entre su manera de apreciar determinados puntos de política y el opuesto criterio sostenido por el director de aquella publicacion, el inolvidable hombre público D. Nicolás María Rivero; y más tarde escribió tambien en *La Democracia*, que dirijia el más eminente de nuestros oradores, D. Emilio Castelar, cuyo nombre no puede pronunciarse sin entusiasmo.

Salmeron termina aquí su vida de periodista activo, para llevar á más altas esferas el concurso de su talento. Elegido diputado á Córtes en várias legislaturas, ilustró con su palabra las deliberaciones de las Cámaras de que formára parte y se dió á conocer como elocuente orador parlamentario. Todos sus discursos así lo revelan; pero ninguno tan celebrado como el que pronunció en Octubre de 1871 sobre la importantísima cuestion de la Internacional, por lo cual copiaremos á continuacion algunos de sus párrafos, dando así una idea del estilo del Sr. Salmeron.

«El viejo ideal, dice, se derrumba; los síntomas que ofrece no sólo son de muerte, sino, en parte, de corrupción; y es en balde que volvais la vista atrás para dirigir la vida que sigue indefectiblemente la ley del progreso; sólo inspirándoos en los principios fundamentales de la razon podreis alcanzar nueva virtud para salvar la crisis presente, y levantar la sociedad, enriquecida con las conquistas materiales, al conocimiento y al amor de la justicia, que permita gozar á todos los hombres de los dones de la naturaleza y de los puros y universales bienes del espíritu. No temais la reaccion, impotente cuando las instituciones liberales han despertado la conciencia del pueblo, ni retrocedais por miedo pueril á los excesos de la demagogia, que sólo aparece cuando las masas aprenden que el poder se conquista por la fuerza, y no se las educa con la disciplina del derecho. Para afirmar los nuevos principios y proseguir las reformas que este ideal exija, contad con nuestro auxilio; mas si tratais de amenguar los derechos por la revolucion ganados, ó torcer la direccion que á la vida pública vienen ya imprimiendo, sabed que para defenderlos y combatir sin tregua ni descanso al poder que tal osára, nos asiste una perfecta justicia y no faltaremos al deber de ampararla.»

Y más adelante añade:

«El partido republicano no es meramente un partido político (y aquí hablo por mi cuenta y riesgo); por que el partido republicano no es sólo un partido doctri-

»nario, órgano de las clases médias, que venga á dis-
»cutir únicamente la forma de Gobierno, la organiza-
»cion de los poderes del Estado y la gestion adminis-
»trativa, sino que patrocina una tendencia social para
»servir á la completa emancipacion del cuarto estado y
»preparar el *libre organismo de la igualdad*, que haya
»de afirmar para siempre el imperio de la justicia entre
»los hombres.

«Verdad es que, siguiendo las corrientes del progre-
»so en los pueblos latinos, donde preceden las reformas
»políticas á las sociales, atiende ahora en primer térmi-
»no á servir al ideal político, no de aquella república del
»terror que su pontífice llamaba el *despotismo de la li-
»bertad*, sino de la república federal, que es la fórmula
»más acabada y justa de la organizacion de los poderes
»del Estado que hasta hoy vislumbra la razon humana,
»y en la cual no resulta el orden del equilibrio movedizo
»y mecánico de las monarquías doctrinarias que vienen
»oscilando entre la reaccion y la revolucion, sino de la
»conjuncion perfecta entre el derecho y el poder. Cierto
»que no hemos reducido á dogma, ni lo queremos, los
»principios de la reforma social; pero si no hemos ins-
»crito una fórmula social en nuestra bandera, siempre
»hemos dicho que no aspiramos sólo á la emancipacion
»política de todas las clases de la sociedad, ni el sufra-
»gio, que en mi opinion no es un derecho, sino un po-
»der, es lo único que para el cuarto estado deseamos;
»ánten bien, trabajamos por conquistar la capacidad
»para el egercicio de ese poder. Mas no la podemos ga-
»nar sólo en las Asambleas y cuerpos políticos; la ca-
»pacidad la hemos de adquirir, parte en la esfera del
»derecho más ámplio é importante que en la sociedad
»se realiza, parte en la educacion y vigorizacion inter-
»na del espíritu del hombre, donde nacen y arrancan
»todas las manifestaciones exteriores de la vida. Y como
»somos un partido político que abriga una tendencia so-
»cial tan profunda, no nos impacienta el ánsia del po-
»der. Casi estamos dispuestos á esperar que se os caiga
»de las manos, mientras no trateis de mutilar nuestro

»derecho; y entre tanto, sólo queremos consignar nues-
 »tras aspiraciones y preparar la reforma pacífica y tran-
 »quila de la organizacion social por los medios legales.
 »Bástanos por ahora que se respeten los derechos con-
 »sagrados por la Constitucion; y si alguien los quebran-
 »ta, podremos volver, no sólo como partido, sino en
 »nombre de la sociedad toda amenazada, por la santidad
 »de la ley, bajo cuyo amparo tenemos derecho á vivir
 »todos los españoles.»

Nos extenderíamos demasiado si trascribiéramos las consideraciones que en esta larga peroracion se exponen aclarando lo que significan realmente las ideas de la Internacional y combatiendo los propósitos que sus adversarios erróneamente le suponen, y tenemos que limitarnos, en consecuencia, á recomendarlas al lector, que puede con mucha facilidad hallarlas en los folletos entonces repartidos.

Este discurso valió al Sr. Salmeron, además de muchos aplausos y alabanzas, una superior distincion de parte del insigne D. Fernando de Castro. Oigámosle á él mismo, en la carta que figura al frente del folleto citado:

«El beneficio que V. ha hecho al progreso de las ideas
 »en nuestra pátria, apareciendo de una manera inespe-
 »rada para los más, y en una cuestion que los enemigos
 »del humanismo habian escogido para su triunfo y en-
 »grandecimiento, ni V. ni yo podemos estimarlo. La ge-
 »neracion actual lo presentirá; la que le suceda lo for-
 »mulará ya con clara conciencia y sentido universal.

«Queriendo yo por todo lo expuesto—y en lo cual,
 »aunque escasa, alguna honra, que no renuncio, me cor-
 »responde— así como por la amistad y el compañerismo
 »que nos une, dar á V. un cordial testimonio de mi apre-
 »cio á su talento, á sus doctrinas y á su elevado carácter
 »moral, voy á manifestarle en lo que consiste y la for-
 »ma en que ha de ser realizado.

«No ignora V. que el Ayuntamiento de la M. N. y L.
 »ciudad de Bilbao acaba de honrarme con un delicado
 »presente, por haber predicado el dia que inauguró el
 »monumento de Mallona, recuerdo patriótico para eter-
 »nizar el heroísmo de los valientes que en la última
 »guerra civil sucumbieron derramando su sangre en los

»sitios de Bilbao, y en defensa de lo que entónces era
»símbolo de sus fueros y de la libertad. Este presente es,
»como V. sabe, una pluma de oro.

«Pues bien; es mi voluntad, añadida hoy por codicilo
»á mi testamento, que esa pluma pase á manos de V. á
»mi muerte, como monumento histórico, que será, de un
»sacerdote que ha perdido «la virginidad de la fé;» pero
»que ha ganado, en cambio, la «maternidad» de la razon
»y una nueva creencia en Dios; y que, despues de las fa-
»tigosas horas que preceden á todo alumbramiento, vive
»hoy la vida de la conciencia con fuerzas ántes descono-
»cidas, y enmedio de un bienestar tan tranquilo, plácido
»y sereno, que ni la duda le atormenta, ni la calumnia
»le contrista, ni el fin de la vida le preocupa: y es mi
»voluntad que pase á manos de V., además, como memo-
»ria que ha de ser desde hoy del primer discurso del filó-
»sofo que ha tomado asiento en el Congreso español, co-
»mo racionalista, en el buen sentido de la palabra, y de-
»fensor de los derechos individuales inherentes á la na-
»turaliza humana.

«Hará V. de esa pluma, á mi muerte, el uso para que
»sirve, y á su fallecimiento la legará bien al Museo ar-
»queológico nacional, ó bien á persona que á juicio de V.
»sea digna de poseerla por las mismas razones y circuns-
»tancias que á mí me cabe la honra de legarla á V. al
»presente.»

Al proclamarse la República Española en la noche del 11 de Febrero de 1873, formó parte Salmeron del Gobierno entonces constituido, desempeñando en él la cartera de Gracia y Justicia, que dejó al romperse la conciliacion de radicales y republicanos, origen de aquel Gabinete, á consecuencia de los sucesos del 23 de Abril del mismo año, en la Plaza de Toros. Y terminada despues la gestión política de los, como ha dicho un distinguido escritor, perturbados y perturbadores Gobiernos que presidieron, primero D. Estanislao Figueras, cuya incomprensible fuga y abandono del poder ha adquirido bien triste celebridad, y luego D. Francisco Pí y Margall, tambien famoso por su impasibilidad marmórea á la vista de los más graves hechos, confióse al fin á Salmeron el puesto de Jefe del Estado ó sea la Presidencia del Poder Ejecutivo de la República, y vióse convertido el

entonces Catedrático de la Central y Diputado de la derecha, en el primer Magistrado de la Nación.

Están demasiado cerca de nosotros y son muy recientes los actos que en este elevado puesto realizó, para que puedan ser juzgados con entera calma y sin ningún apasionamiento; pero en la absoluta necesidad de hacerlo, debemos exponer sobre ellos nuestra modesta opinión, que no por ser humilde deja de ser sincera y leal, con toda la imparcialidad que no es dable. Si el Sr. Salmeron perteneciera á esa numerosa falange de políticos doctrinarios, cuyo único afán es el mando, sin reparar en los medios, ó figurara en su partido como soldado de segunda fila, casi absuelto de sus errores por su propia nulidad é insignificancia, tendríamos ménos derecho á exigirle estrecha cuenta de su conducta; pero no es así; nosotros, y con nosotros creemos que la opinión unánime, consideramos al Sr. Salmeron demasiado alto para aplicarle los procedimientos usados con las medianías ó con los hombres de escasa fé en su credo y sus doctrinas, y por lo mismo estamos en la ineludible obligación de juzgarle, en cuanto posible nos sea, con la misma alteza de miras que él emplea y bajo el punto de vista de la más estricta justicia, que él siempre proclama. Á aquellos se les fustiga, se les acosa y se les hunde en el desprecio de las conciencias rectas; al Sr. Salmeron se le discute, se le considera y se admira siempre la rectitud de sus fines, aunque pueda no estarse de acuerdo con sus opiniones, y creerlas, como las creemos, en ciertos casos erróneas y equivocadas. Y cuenta que al consignarlo así, no desconocemos que arrostramos las iras de muchos partidarios suyos,—cuyas defensas más bien le perjudican que le favorecen,—los cuales alegarán en su pró, como razon suprema, la escasa talla del censor que tales faltas imputa: sea en buen hora; nosotros sufriremos con gusto tales ataques, ya que voluntariamente cumplimos este cometido en cierto modo enojoso; pero fuera de que, como alguien ha dicho, las ideas no tienen edad ni representan más ó ménos segun la valía de quien las vierte, sino segun el fundamento en que se apoyan, á todos asiste el derecho de exponer su opinión, sea cual fuere, sobre actos públicos que caen bajo el dominio de la crítica, y nosotros al ejercitarlo estamos dentro de cuan-

to nos señalan las conveniencias: sentiremos, pues, vernos objeto de ciertas censuras por lo que vamos á exponer enseguida, pero conste de una vez para siempre que en nada ha de hacernos ésto retroceder, convencidos como lo estamos de que las razones sólo deban rebatirse con razones, mas no, ni nunca, con denuestos.

Al llegar, por tanto, al periodo más importante de la vida pública de Salmeron, nosotros entendemos que tributando el debido aplauso á la mayor parte de sus hechos como gobernante, hay no pocos reparos que hacer y que objetar por lo que respecta á algunas otras de sus resoluciones. Precisamente en lo que sus apasionados adeptos encuentran mayores motivos de alabanza, hallamos nosotros cierto egoismo no digno ciertamente de ella: bueno que si el Sr. Salmeron creía llegado el caso de abandonar las riendas del gobierno, lo hiciera inmediatamente; pero ¿hay por esto razon alguna para que sus fervientes partidarios muestren semejante línea de conducta como la norma de los procedimientos políticos y como el modelo en que todos deben inspirarse y que todos deben imitar? Pues nosotros sostenemos en muchos casos lo contrario; nosotros creemos que existe doble mérito en la conducta opuesta, en la conducta seguida, v. gr., por el Sr. Castelar. Cómodo, muy cómodo es sin duda dejar en los momentos de prueba los puestos difíciles; en cambio encontramos mucho que aplaudir en aquel que ante los peligros que rodean á las instituciones siempre defendidas y ante las desgracias que amagan, ó mejor dicho, que invaden ya y que aflijen y que matan á la madre patria, consiente en sacrificar su inmensa popularidad con tal de salvar á su país, y en prescindir provisionalmente de algunas ideas bellas acariciadas en tiempos normales, para dedicarse á la obra titánica de contener el desmoronamiento de la nacion que se aniquila, presa de la reaccion por un lado y de la demagogia por otro. Oigamos al mismo Castelar que así lo dice en uno de sus discursos. «Yo me encontraba, exclama, en la presidencia de esta »Cámara en una beatitud perfecta, sin ninguna responsabilidad, alejado del poder, que me repugna más cada »dia, y tuve que bajar de mi olimpo y venir á este »tro. ¿Y por qué bajé? Porque así me lo exigía el deber,

»porque yo no podia volver la cara al peligro ni rehuir
»responsabilidades.»

Pero no es esto sólo; pues qué zen el mero hecho de dejar el poder el Sr. Salmeron, conociendo la ineficacia de su accion gubernativa para atajar la gravedad de las circunstancias, declarándose por cierto incapacitado ya en lo sucesivo para el gobierno, no reconocía implícitamente la necesidad de aplicar otro sistema que lograra aquel resultado. sistema que únicamente podia consistir en el seguido por el Sr. Castelar? ¿Por qué entonces combate á éste apenas se presenta á dar cuenta de su gestion á las Córtes, gestion que por otra parte habia desde el principio sancionado él mismo, para renegar de ella despues, no sólo con la tácita aprobacion ya indicada, sino tambien con su estancia en el elevado sitio de la Presidencia del Congreso? ¿Qué se propuso al obrar así el Señor Salmeron? ¿Derribar al gabinete Castelar? ¿Y qué iba á venir despues de conseguido esto? Bien lo preguntaba el elocuente tribuno que á la sazón dirijia los negocios públicos: «Es muy fácil hablar de que no se aceptará el »poder, de qué grandes compromisos impiden apoyar á »un gobierno; pero cuando ese gobierno cae, cuando la »autoridad vá á encontrarse huérfana, cuando apenas »puede salir de esta Cámara un ministerio viable, decid- »me, ¿qué doctor Dulcamara teneis, filósofos sin realidad »en la vida?» «Y en resúmen, escribe el ex-diputado Señor Martin de Ollas, ¿á qué estaban reducidas las quejas y »agravios del Sr. Salmeron? Aún el 2 de Enero creía este »que no habia más política salvadora que la iniciada por »él mismo y continuada por el Sr. Castelar, única que »antes, entonces y despues, podia restablecer la paz y el »orden, afianzar el imperio de las leyes, asegurar el res- »peto á la autoridad. Pero el presidente de la Asamblea »diferia del presidente del Poder ejecutivo en los médios »ó procedimientos. Decia el primero que en manos éstos »de los adversarios de la República, concluirían por ha- »cer triunfar el doctrinarismo sobre la democracia, la »Monarquía sobre la República. ¡Ah, que tambien á es- »píritus fuertes, conciencias rectas y entendimientos »profundos se ocurre malicia en la argumentacion, falta »de memoria y extravío en el juicio! Subió el Sr. Salme- »ron al poder en Julio, y bajó de él con gran dignidad en

»Setiembre, mas haciendo lo mismo que el Sr. Castelar
»en los dos meses de su dictadura. ¿Ha olvidado nadie que
»el Sr. Salmeron fué el primero que combatió los proce-
»dimientos gubernativos del Sr. Pí y Margall, y en
»cuanto se posesionó de la presidencia del Poder ejecu-
»tivo llamó al despacho de Gobernacion á los generales de
»más nombre y prestigio en las filas de la restauracion y
»en los partidos reaccionarios? ¿No es cierto que el Señor
»Salmeron combatió con más dureza que ningun otro
»gobierno toda tentativa contra el órden público y toda
»insurreccion armada? ¿No empezó él la reorganizacion
»del ejército, el restablecimiento de las ordenanzas y la
»restauracion de la disciplina? ¿No fué presidente del mi-
»nisterio que declaró piratas á los insurrectos cantonales
»de Cartajena? Si no aplicó la muerte, dejó y aplaudió
»que otros la aplicasen, y de un modo más terrible y bár-
»baro que el legal. Como presidente de las Córtes, ¿ac-
»cedió siquiera á confiar su seguridad á la Milicia ciu-
»dadana, con preferencia á la Guardia civil, en los mo-
»mentos críticos del 3 de Enero, como así lo aconsejaban
»prudentemente muchos diputados de todas las fraccio-
»nes? Esperarse debia del severo carácter de tan emin-
»te repúblico que hubiese dedicado entonces toda su in-
»mensa capacidad á investigar mejor los males de la pá-
»tria y hallar sus remedios, no á labrar su propio des-
»crédito con querer quitarse de encima y repentina-
»mente sucesos inevitables y complicaciones funestas.»
Siempre que se trata de estas tristes divisiones y de es-
tos deplorables hechos, viene inevitablemente á nuestra
memoria el siguiente fragmento de un artículo escrito
por el Sr. Castelar sobre «La fundacion legal de la Re-
pública en Francia.» Habla de la importuna intervencion
de Mr. Luis Blanc en los debates que con aquel motivo
se suscitaron en la Cámara del país vecino, y dice: «Pa-
»rece que veinte años de destierro, largos cursos de polí-
»tica práctica en la sensata Inglaterra, las pavorosas
»catástrofes de los últimos tiempos, el mucho camino
»desandado en los dias de exaltacion y de fiebre, el mu-
»cho camino andado en los dias de mesura y de pruden-
»cia, debian haberle abierto los ojos y haberle desengaña-
»do de los dogmatismos estériles y de las intransigencias
»dementes y suicidas. Pero no; sería un gran sacerdote

»de cualquier secta oriental y es un triste diputado de
»nuestros tiempos de transaccion, en que se debe contar
»para todo con la realidad viviente y con el dato de lo
»posible. Por no alcanzar la República de sus ensueños
»es capaz de sacrificar la República real, la República
»victoriosa. Hace de su consecuencia un Dios, de su idea
»un ídolo, de sus juicios las suras del Koran. Para un
»hombre así, la patria no significa nada, la libertad na-
»da, la democracia nada; lo que importa es el propio sis-
»tema, con todas sus proporciones y todos sus dibujos.
»Cuando se nace con una vocacion exclusiva de profeta,
»se vá uno á fundar cualquier religion, cualquier secta,
»aunque sea de espiritistas, y no se viene á ninguna po-
»lítica, ni se inscribe en ningun partido. Para estar ab-
»sorto en la contemplacion de sí mismo, de la concien-
»cia propia, de las propias ideas, ahí están los yhoguis
»de la India, que dejan á las aves anidar en sus espaldas,
»mientras se miran atónitos y absortos el ombligo; mas
»para luchar en política se necesita formar parte de la
»legion sagrada de los partidos, é ir con ella aceptando
»todo género de sacrificios, ó ir con ella al combate. Y
»en virtud de esta ley, no debe el estadista proceder co-
»mo un filósofo, que sólo mira á la conciencia, sino como
»un político, que debe mirar tambien á la realidad y á
»la historia. Y no hay cargo alguno que sea tan com-
»plejo, tan múltiple, tan colectivo, como el cargo de di-
»putado. En primer lugar, no se representa sólo á sí
»mismo, no representa su conciencia individual, repre-
»senta á un gran número de electores, que son á su vez
»elementos considerables de un partido. En segundo lu-
»gar, pocas veces vota un Diputado aquello que quiere,
»sino aquello que está más cerca de lo que quiere. Y si
»por no realizar todo el ideal en toda su pureza no se vo-
»ta, vale más dejarse las Asambleas por inútiles, é irse á
»las academias.» El Sr. Salmeron combatió estos procedi-
»mientos inflexibles en el Sr. Pí, y sin embargo no tu-
»vo despues inconveniente en sostenerlos, en oposicion al
»ministerio Castelar; este fué, á nuestro juicio, el más
»grave de sus errores, del cual se originaron luego con-
»secuencias desastrosas para la libertad y la democracia.
»Á pesar de todo, esto no ha de ser obstáculo para que de-
»jemos de reconocer en nuestro ilustre compatriota una

honradéz y una lealtad políticas sin tacha, y una entereza de carácter indomable, que le hacen digno del respeto y la consideracion pública, hoy que tanto privan las asechanzas de las intrigas más bastardas y las consecuencias de los espíritus más rebajados y entecos.

Una vez disueltas las Córtes republicanas por el acto de fuerza que llevó á cabo el general Pavía el 3 de Enero de 1874, Salmeron casi no ha vuelto á tomar hasta ahora una parte activa en nuestras luchas políticas, ni ha intervenido en los debates de nuestros Parlamentos. Aquí concluimos, por tanto, su historia de hombre público, y tambien, en consecuencia, este boceto, no sin consignar ántes vários datos más, dignos de mencion, que encontramos entre nuestros apuntes sobre el mismo.

Salmeron fué alumno predilecto de D. Julian Sanz del Rio, quien conoció pronto su mérito, encontrando en él «un sucesor de su doctrina y un continuador de la obra de su pensamiento»; pronunció tambien en el Ateneo de Madrid muchos discursos, que le acreditaron como notable orador, y estableció asímismo en la córte un bien montado colegio, donde adquirió sus conocimientos distinguida y brillante juventud. Como abogado ha adquirido de igual manera muy justa fama, y recientemente se encargó en París de un pleito de la antigua reina de España D. Isabel de Borbon, por el que puso, dicho sea de paso, honorarios tan módicos, que llamaron la atencion de la misma prensa. En el Instituto provincial de esta ciudad de Almería resonó el referido año 74 su palabra, en un banquete celebrado en su honor; y en fin, son bien notorias la sencillez y la llaneza de su natural y sus costumbres, pues nadie ha olvidado todavía la modestia suma con que realizó cierto viaje desde Madrid á ésta, con direccion á su pueblo natal.

Terminemos diciendo que D. Nicolás Salmeron ha tenido numerosos discípulos, y la mayor parte le han sido ingratos, distinguiéndose en su desagradecimiento precisamente aquellos mismos á quienes miró con más preferencia y prodigó más favores.

Nos parece que por ser el último dato, es bien elocuente.

IMPORTANCIA

DE LAS SOCIEDADES CIENTÍFICAS.

Nuestro siglo es el siglo de la duda y la controversia; no sólo los problemas políticos y filosóficos, sino aun los religiosos y sociales, están sometidos á ardiente discusión: aquellos principios que sirvieron de base á la ciencia de nuestros antepasados, se sujetan hoy á minucioso exámen, y es forzoso para ser admitido, que cada uno presente sus pruebas y nos explique su razon de ser.

Las ciencias filosóficas han roto los moldes escolásticos en que se intentó encerrarlas y hoy despliegan sus alas majestuosas, dirigiéndose hácia el sol de la verdad y procurando leer en medio de los resplandores que á veces la deslumbran, la solución al inmenso problema de *qué es el hombre y cuáles deben ser sus relaciones con sus semejantes y con la Divinidad.*

Las ciencias físicas, apoyadas sólo en la observacion y la esperiencia, no dando un paso sin asegurarse primero de que el terreno está firme, no estableciendo una ley sin que no sea fiel expresion del fenómeno observado, caminan siempre hácia adelante explicándonos el mundo material y permitiendo ejecutar maravillas que hace pocos años parecian imposibles.

Los magníficos buques que surcan los mares y que hoy hacen sus viajes aprovechando para sus derroteros hasta la misma violencia de los huracanes, gracias á los trabajos de Manry; los trenes que cruzan la tierra, la tela que nos viste, el color que nos fascina, el teléfono que conduce á distancia nuestra voz, el fonógrafo que

conserva grabada en acero, á través del tiempo, hasta la dulce modulacion de la palabra de amor de una vírgen, son otros tantos efectos del adelanto de las ciencias físicas, que han convertido en dóciles esclavos del hombre á las poderosas fuerzas de la naturaleza.

A los golpes de este espíritu de investigacion, se ha derrumbado el antiguo castillo de las preocupaciones, y lo que hoy se sabe, se sabe á ciencia cierta; al respeto exagerado que se tenia á la antigüedad, á ese culto ciego á las cosas pasadas, ha reemplazado la esperanza en el porvenir y hoy la humanidad palpita con vida poderosa, cuyos latidos se sienten en todas las manifestaciones de este periodo histórico.

Por do quier se dirige la vista se ven ruinas de lo pasado y materiales para lo porvenir; en todas partes la humanidad trabaja y en todas persigue llena de entusiasmo la investigacion de la verdad, hasta donde es dado conocerla á la limitada inteligencia del hombre.

En esta época de lucha y controversia, es cuando las sociedades científicas vienen á ser como campos neutrales, como palenques abiertos donde todas las opiniones se exponen, donde todos los sistemas combaten, y de estas luchas, de estos corteses choques, salen chispas de luz vivísima que van señalando el camino, por donde lentamente, si, pero de una manera segura, vá adelantando el progreso. Este carácter es lo que les dá en los presentes tiempos su verdadera y legítima importancia, que llega á su más alto grado tratándose de un país como España, que, separado del resto de Europa, parece como que dormita, contento en su aislamiento.

Aquí, en este rincon del continente, en donde por desgracia han arraigado la supersticion y las preocupaciones; aquí es dogma de fé que la ciencia antigua es la verdadera ciencia y que sino desecharse, por lo menos debe mirarse con desconfianza la ciencia moderna; aquí se tiene á orgullo vivir separados del concierto europeo; nos vanagloriamos de aquello de que debiéramos estar avergonzados, y sentados á la orilla del camino, vanidosamente envueltos en nuestra capa de mendigos, miramos desfilas ante nosotros á las demás naciones de la Europa.

No me digais que es exagerado este retrato; recorred nuestras aldeas y nuestras capitales; examinad el nivel

intelectual de nuestro pueblo y convendréis conmigo en que nuestra querida España ocupa uno de los últimos lugares en la civilización.

Esta es desgraciadamente la verdad; pero no es ocasión, ante la gravedad de las circunstancias, de prorumpir en tristes lamentaciones, ni en sentidas elegías; al contrario, es deber de los que abrigan en su corazón el santo amor de la patria, reunirse para estudiar el mal y para aplicar el remedio. Por grave que sea la situación, no es motivo para perder la esperanza, que si en otras naciones amaneció más temprano, en todas hubo noche.

Examinando la historia de España, se vé que á los españoles no ha faltado nunca nada mas que ciencia. Han tenido riquezas inmensas, un territorio extensísimo, privilegios municipales, Córtes independientes, hombres de Estado de verdadera importancia, Reyes justos y amantes de los pueblos, legisladores notables, Gobiernos vigorosos y hábiles, y con tales elementos la prosperidad de España ha sido siempre efímera. ¿De qué proviene este fenómeno? ¿Cuáles son las causas de este hecho?

Preciso es cerrar los ojos á la luz, para no ver que la civilización de España no ha marchado con paso seguro, porque no nacia del pueblo, porque no era hija de él, porque en la instrucción de éste no encontraba base firme en que apoyarse. Semejante á un viajero que recorriese un terreno sin consistencia bastante para sostenerle, España daba un paso adelante, y al sentir que la tierra le faltaba, volvía desanimada al punto de partida, gastando sus fuerzas en estas tentativas, mientras se adelantaban las demás naciones, sus hermanas.

En España, por las condiciones físicas de la localidad, es natural que se hayan desarrollado un sentimiento de superstición y un gran sentimiento religioso. La naturaleza se manifiesta en este país de una manera muy parecida á como lo hace en las regiones tropicales, y los fenómenos naturales, en vez de presentarse manejables, si así puede decirse, se ostentan con tan imponente magestad, que lejos de invitar al ánimo al estudio, le sobrecogen llenándole de asombro. Lo acci-

dentado del terreno, los temblores de tierra, las prolongadas sequías, las lluvias torrenciales, el sol abrasador, todo esto no parece efecto de una ley natural; por lo grande, por lo desproporcionado, la imaginación lo supone obra caprichosa de un poder sobrenatural.

Anulado, pues, en su origen el espíritu de investigación, no hay ciencia posible, y el pueblo español, como todos los que se encuentran en condiciones semejantes, se desarrolla llena la mente de quimeras y de preocupaciones.

Unid á esto que despues de la caída del imperio romano, los visigodos se establecieron en Europa y desde fin del siglo V tuvieron que sostener una lucha encarnizada con los Francos, que, defensores de la fé ortodoxa, atacaron rúdamente á los españoles, acérrimos partidarios del arrianismo. En esta lucha los visigodos estuvieron en más de una ocasion á punto de perder su territorio, y aquí teneis la primera vez que en España, una guerra por la independencia nacional se confunde con una guerra religiosa.

A causa de ello, el clero llegó á tener tal influencia, que hasta los Reyes iban públicamente en los Concilios á prosternarse con la cara en el polvo, y en la organización política, en las costumbres y en las jurisprudencias, encontrareis predominando siempre el elemento teocrático.

Á principios del siglo VIII invaden los árabes á España, y semejantes á un torrente que todo lo arrolla, en sólo tres años se establecen en la Península. La monarquía goda se derrumba al primer golpe de la cimitarra de los musulmanes y apenas si pueden refugiarse en los picos más altos de las montañas de Asturias los últimos restos de la nacionalidad española.

Allí, reunidos en la gruta de Covadonga, inspirados por sus sentimientos religiosos, más aún que patrióticos, proclaman por su caudillo á D. Pelayo y empieza la gran epopeya de la reconquista, que dura siete siglos.

La nacionalidad española se constituye laboriosamente durante este periodo, en medio del fragor de los

combates de esta segunda guerra nacional, que, como la primera, es también una gran guerra religiosa.

El pueblo combate, más que por reconquistar su territorio, por exterminar herejes, y la guerra no es sólo entre árabes y españoles, es principalmente entre los sectarios de Mahoma y los hijos de la Cruz. No es, pues, de extrañar que el sentimiento religioso, que ya adquirió gran desarrollo durante las guerras con los Francos, llegara hasta el fanatismo en las guerras con los musulmanes.

El sentimiento monárquico creció á la par que el religioso, y la exageracion de uno y otro forman el carácter distintivo del pueblo español.

En ninguna parte como aquí es el Rey señor de vidas y haciendas; su persona es inviolable, sus juicios son infalibles; es sagrado lo que al Rey pertenece y desde el caballo que monta hasta la querida que corteja, todo es objeto de veneracion para el pueblo español. Mirad la figura sombría de Felipe II; vedle rodeado de sus cortesanos que se inclinan temerosos; ved cómo el pueblo se agolpa á su paso lleno de respeto; escuchad ese sordo murmullo, voz de las multitudes, que le sigue en su camino, y decidme si en ningun país se ha llevado á tal extremo la exageracion del sentimiento monárquico.

Y para convencernos de que no eran las condiciones del monarca las que producian ese efecto, recordad á Felipe III y Felipe IV, y sobre todo al último vástago de la dinastía Austriaca, á Carlos II el Hechizado.

Segun documentos históricos dignos de crédito, «este monarca era un hombre ridículo y despreciable; aunque murió en lo mejor de su edad, tenia el aspecto de un viejo; á los 35 años habia perdido las cejas, estaba paralítico y epiléptico y era notoriamente impotente. Su fisonomía, parecida á la de un idiota, era repulsiva, su boca enorme, y la mandíbula inferior adelantaba sobre la superior, impidiéndole unir los dientes y masticar los alimentos. Su ignorancia llegaba al punto de no conocer los nombres ni aún de las

»ciudades más importantes de su Reino; estaba entregado á la supersticion más absurda; se creia poseido por el diablo; hacia que le dieran conjuros y bebedizos y no se acostaba sino rodeado de su confesor y dos monjes más que le acompañaban.»

Pues bien, tal respeto se tenia en España á la institucion monárquica, que á pesar de las condiciones de este Rey, no se entibió en lo mas mínimo el amor y fidelidad de sus vasallos.

La exageracion del sentimiento religioso se manifiesta tambien claramente con solo hojear la historia de los siglos XVI y XVII; allí vereis que llegó á haber en España 9.000 monasterios; que en el reinado de Felipe III los frailes dominicos y franciscanos eran en número de 32,000; que en la diócesis de Sevilla habia 14,000 sacerdotes y que 18,000 se contaban en la de Calahorra. Observareis estudiando con atencion los hechos de aquel tiempo, que tan fuerte era la opinion pública en este sentido, que los autores y los hombres más eminentes tenian á orgullo pertenecer á la clase religiosa. Lope de Vega, Moreto, Montalvan, Tárrega, Mira de Méscua, Tirso de Molina, Solís, Sandoval, Dávila, Mariana, Miniana, Argensola, Góngora y Calderon, son ilustres testigos, que vestidos con su ropa talar de sacerdotes, acuden á deponer lo profundamente arraigado que se hallaba en el pueblo español el sentimiento religioso. Y si quereis aún una prueba más concluyente, la expulsion de los moriscos, decretada por Felipe III, demuestra hasta qué punto llegaban el fanatismo y la intolerancia.

Estos dos sentimientos, el religioso y el monárquico, desarrollados por las razones que acabo de indicar, si bien fueron causa de los grandes caracteres y de los grandes hechos con que está esmaltada nuestra historia nacional, trajeron, sin embargo, como fatal cortejo, con su exageracion, la supersticion, la intolerancia y las preocupaciones.

Además, hijos uno y otro de un sentimiento de veneracion, que, como dice un autor inglés, hace á los

hombres humildes en su conducta y crédulos en su fé, hicieron perder al pueblo español su iniciativa, convirtiéndole en un instrumento que sólo servia para combatir por su Dios y por su Rey.

Este carácter popular tiene el inconveniente de que si bien eleva á la nacion á gran altura, cuando los encargados de regirla la empujan vigorosamente por la senda del progreso, en cambio cuando el pueblo no encuentra quien le guie ó le guian mal, se detiene, si es que no retrocede, en el camino de la civilizacion.

Ejemplo de esto teneis en cualquier periodo histórico. Mientras España estuvo dominada por Cárlos V, espíritu guerrero, no oís en todo el ámbito de sus extensos dominios más ruido que los gritos del combate; en tiempo de Felipe II la veis conservando su carácter belicoso, que emplea principalmente para defender la intolerancia; pero uno y otro monarca tenían grandes condiciones y España era entonces digna Señora de dos mundos.

En Felipe III y Felipe IV la encontrareis caballescaca y galante; mas entretenida en aplaudir las loas de Calderon en el jardin del Buen Retiro, no echa de ver que ya empiezan á desprenderse perlas de su corona: en Cárlos II el mal llega á su colmo, y á la muerte de este monarca, el país estaba en tal grado de atraso y envilecimiento, que comparándole con lo que era en los anteriores reinados, cuesta trabajo comprender tan gran caída. Para formarse idea del nivel científico de nuestra pátria, basta saber el hecho que he visto citado en una obra muy conocida, cual es la «Historia de la literatura» por Ticknor, de que Torres, un escritor español, declara haber estudiado cinco años en la Universidad de Salamanca, sin sospechar siquiera la existencia de las ciencias matemáticas.

Para comprender bien lo que intento demostraros, es conveniente comparar lo que sucedió en España con lo que ha pasado en otros países en que el carácter popular era distinto. Fijémonos, por ejemplo, en Inglaterra: los ingleses forman una nacion inclinada á la cen-

sura, más que á la veneracion, y en la que predomina el interés individual, condiciones completamente opuestas á las del pueblo español; pues bien, á pesar de la imbecilidad ó de los crímenes de Cárlos II, Enrique III, Ana y de los dos primeros Jorges, la prosperidad del pueblo inglés no se detuvo ni por un sólo momento, y, como dice un notable escritor tratando de este periodo, «el pueblo marchó adelante sin ocuparse de las miserias de sus Reyes, y la locura de sus Monarcas no consiguió desviarle de su camino, porque sabia que su destino estaba en sus propias manos y poseía todos los recursos que pueden hacer al hombre grande y feliz.»

Esta diferencia que se observa en las civilizaciones de España é Inglaterra, reconoce por única causa e distinto carácter de la nacion. En España, el pueblo, en el que circunstancias especiales habian desarrollado un gran sentimiento de fidelidad y veneracion, se habia acostumbrado á no razonar su sumision, se dejaba conducir á donde se queria y daba á los consejeros dañosos la misma obediencia que á los que estaban llenos de saber. Era, pues, un dócil instrumento en manos de sus Gefes y el progreso de una nacion constituida de esta manera, depende en absoluto de las condiciones de sus Monarcas; cuando estos no están á la altura de su época, el pueblo retrocede con ellos en el camino de la civilizacion, y la prueba os la he dado en el recuerdo hecho de la España de Cárlos V y de Cárlos II el Hechizado.

Por el contrario, en Inglaterra, donde la fé religiosa estaba muy quebrantada y el entusiasmo monárquico era bastante tibio, se desarrolló un gran sentimiento de independenciam individual, que hizo que la civilizacion de este país fuera obra de todos los ingleses; y así veis recorrer á esta nacion sus diversos periodos históricos, siguiendo siempre la ley del progreso, y llevando en pos de sí, y nunca delante, á sus Monarcas, Obispos y Señores. Inútil era que estos pretendieran oponerse al espíritu de Inglaterra; la nacion, que tenia la conciencia de su fuerza, ó los arrollaba en su triunfal carrera, ó,

divorciada de ellos, los abandonaba como fardo inútil y embarazoso, que se deja á la orilla del camino.

Vemos, pues, comprobado por la historia, que para que el progreso sea permanente, es indispensable que sea obra de toda la nacion. Convencidos de esta verdad, el remedio único para salir de la triste situacion en que nos hallamos, es atacar de frente el carácter español devolviéndole la iniciativa, haciéndole perder su condicion de supersticioso y el respeto exagerado que aún conserva á tiempos que pasaron.

Para esto, no hay mas que popularizar la ciencia; antes he dicho que á los españoles no ha faltado nunca nada mas que ilustracion; pues hay que entregársela á torrentes.

Cuando el pueblo esté ilustrado por las ciencias físicas, perderá las preocupaciones que hoy son el alimento esclusivo de su inteligencia, y en vez de suponer en los fenómenos la mano oculta de un poder misterioso, estudiará en ellos el cumplimiento de las leyes naturales. Para remediar á las calamidades que de cuando en cuando castigan á nuestro pais, acudirá á lo que la razon le dicte y abandonará prácticas que sólo sirven para poner en relieve, delante de Europa, nuestra gran supersticion y nuestra pueril credulidad.

El estudio de las ciencias morales, políticas y filosóficas, dará al pueblo el exácto conocimiento de sus deberes, á la par que de sus derechos, y convertirá en un perfecto ciudadano al que hoy es poco más que una máquina, que obedece generalmente á la mas pequeña señal del maquinista, pero que le tritura entre sus dientes de acero, si por acaso le coge desprevenido.

Hé aquí, pues, porqué en estos tiempos de duda y controversia y en este país poco ilustrado, la mision de las Sociedades científicas es de grandísima importancia. Á ellas pertenece discutir los problemas que hoy agitan al mundo, y además extender la buena semilla por todas partes á donde llegue su benéfica influencia.

PENSAMIENTOS.

—Nada me produce tanta tristeza como el imaginar qué seremos en la eterna vida. Porque ¿cómo el ser racional que vive aquí en la tierra—quizá por ese bello ideal, que es el mañana eterno—podrá pasar sin el bello ideal, ulterior, de otra vida?

—¿Será verdadero el aserto que dice: más voy ignorando cuando voy sabiendo más? Considerándolo bajo el punto de vista religioso, podría manifestarse lo siguiente:

Cuando queremos conocer íntimamente el Ser que todo lo vivifica y que dió vida á cuanto existe, ¿no es nuestro conocimiento menor, cuanto mayor el primer conocimiento?

—Vivir es pensar en la existencia inmortal y divina del alma: no amar la vida terrena dentro de nuestros «yo,» es negar lo palpable y tangible, puesto que, en el fondo de nuestro ser, existimos con vida inmortal y eterna.

—Todos temen dejar la hedionda materia en la tierra; pocos desean desembarazarse de ella, para que el alma llegue á ese más allá que todos columbramos intuitivamente como la finalidad de nuestra pasajera existencia.

Basta apreciar bien lo apuntado para comprender lo que es y cómo es la humana sociedad.

—Principia la desgracia con la vida; despues únese esta con aquella, hasta que concluye con la desgracia la vida.

—Considero esa sensacion purísima que llamamos amor como una simpatía irremediable, íntimamente encarnada en nosotros mismos por mediacion de otro ser.

LA INUNDACION. (1)

I.

Allá en las hondas grutas resuenan las corrientes,
que extienden por los valles su cadencioso son;
escúchase á lo léjos la voz de los torrentes,
y al susurrar las áuras y al murmurar las fuentes
parece que de júbilo palpita la creacion.

Perfuman las campiñas balsámicas las flores,
que guardan en sus cálices el néctar de la miel,
y en danzas caprichosas zagalas y pastores
olvidan sus afanes, conciertan sus amores
y ciñen á sus sienes coronas de laurel.

Los bosques de naranjos, los dátiles dorados
que ostentan las palmeras cubiertos de verdor,
los árboles que muestran sus frutos delicados,
en la tranquila sombra de sotos y collados
ofrecen abundantes regalo bienhechor.

Del caramillo dulce la resonancia vaga
allá en las tardes óyese, con lánguida cancion
que de la hermosa esquiva la vanidad halaga,

(1) Esta composicion figurará en el *Libro de la caridad*, próximo á publicarse en Madrid, segun ya anunciamos, por iniciativa del Sr. Rada y Delgado y con la colaboracion, entre otros, de los primeros poetas españoles, tales como Nuñez de Arce, Zorrilla, Ruiz Aguilera, Ayala, etc.

y del amante loco, que en su mirar se embriaga, expresa la profunda frenética pasion.

Todo la dicha brinda; el panorama hermoso, las tintas sonrosadas de nácar y arrebol con que las nubes tiñense y el cielo esplendoroso; en las espesas selvas el eco rumoroso y en los espacios cóncavos el fulgurar del sol...

II.

De súbito, se cubre de lóbregos crespones el éter, y avecínase la fiera tempestad; elévanse á los cielos fervientes oraciones y de terror oprímense los fuertes corazones y gimen angustiados el campo y la ciudad.

El ígneo rayo vibra flamígero y sin freno; la fértil tierra inunda la llúvia torrencial, y entre el fragor horrible del pavoroso trueno, el aluvion rugiente, la tromba de agua y cieno coléricos derraman su destructor raudal.

El noto zumba airado, y al ímpetu gigante de sus furiosas ráfagas, de su poder feroz, descuájanse los árboles, y rueda vacilante el dulce hogar querido, del hombre nido amante, que arrastra entre sus ondas el huracan veloz.

En ráudo remolino y en vórtice iracundo descende por los montes horrisono el alud; ¡parece que de espanto medroso tiembla el mundo ante su mole inmensa, que, aborto del profundo, semeja la ancha losa de fúnebre ataúd!

Y sigue rebramando de la tormenta ruda la bárbara pujanza, del cielo en la extension, y á su violento empuje y á su presion sañuda se queda la campiña sangrienta, triste y muda, sembrada de cadáveres cual negro panteon.

III.

Oh! caridad magnánima, emanacion del cielo; tú, que del pobre huérfano mitigas el dolor,

que del hambriento atajas el congojoso anhelo
y alivias la miseria, la desnudez y el duelo
con los preciosos dones de tu divino amor:

Contempla el cuadro tétrico que ante la negra fosa
ofrecen esos hijos sin madres y sin pan,
la pena de la hermana y el lloro de la esposa,
que trémulas saludan, como vision piadosa,
la imagen de la muerte que calmará su afán.

Ellas gozaron dulces las dichas placenteras
conque feliz brindóles el nido de su hogar;
mas extendió el torrente sus avenidas fieras
y fueron ya sus sueños fantásticas quimeras,
cubriéndose sus pechos de luto y de pesar.

Los campos, que ofrecieron ayer sobre la tierra
espléndidos y hermosos trasuntos del eden,
hoy yermos y sin galas, con la borrasca en guerra,
el ánimo conturban, y pávido se aterra,
ante su aspecto fúnebre, el corazón también...

Al indigente mísero y al triste desvalido
socorre con tus dádivas ¡oh España! en su aflicción,
y esplendoroso siempre, triunfando del olvido,
oirás por donde quiera tu nombre bendecido
y latirá tranquilo tu noble corazón.

PLÁCIDO LANGLE.

(Octubre de 1879.)

ADVERTENCIA.

La falta de espacio nos obliga á retirar la *Miscelánea* dispuesta para el presente número. Hemos creído preferible hacerlo así,—y lo repetiremos siempre que nos encontremos en igual caso,—en vez de prescindir de otros trabajos, considerando que sería más grata á nuestros suscritores la lectura de interesantes artículos originales, que la de noticias sueltas sobre asuntos de distinta índole.

LA PENA DE MUERTE

ANTE LA TEOLOGIA.

PREÁMBULO.

—¿Es usted partidario de la pena de muerte?

—Nó, ni Dios lo permita: ¿y usted?

—Sí; y Dios me dé su santa gracia para salir de error, si en él estoy.

—¡Vaya si lo está usted!... Como que defiende usted una injusticia.

—¿Es posible?

—Y una teoría opuesta al Evangelio.

—¿Está usted seguro?

—Y contraria al Catolicismo...

—Y, segun eso, hasta indigna de persona decente.

—¡No tanto!

—¡Cómo!... ¿Se puede ser persona decente y atacar y oponerse al Catolicismo?...

—No es ésa ya la cuestion; nos hemos salido del terreno.

—Nó, nó, amigo mio; no hemos salido, sino saltado en él hasta las últimas consecuencias sociales.

—Pues bien; retrocedamos: lo que digo, es que me aflige el tener que contar á usted entre...

—¿Papanatas, eh? Entre badulaques...

—No tál; ya sé que doctísimos escritores han sostenido ésa opinion...

—¿Opinion, nada más? Pues ¿y los siglos de?...

—Tambien sé que es práctica de todos los siglos...

—¿Y la costumbre?...

—Sí, verdad es; pero costumbre bárbara.

—¿Bárbara, procedente de los antiguos de los bosques de la Germania, ó de los bárbaros de la moderna civilizacion? Ó ¿bárbara en el mundo, y venida de algun punto extranjero al mundo?

—Costumbre bárbara.

—¡Ya! pero costumbre desde la creacion, eh?... Y éso ¿no vale nada?

—Para usted valdrá una práctica ilegítima y absurda.

—Y ¿se ha mantenido por tantos siglos!...

—Como tantas otras cosas...

—No sé de ninguna: son ustedes por demás atrevidos cuando hacen afirmaciones sobre la historia.

—Nó es ésa la cuestion.

—Sí es esta la cuestion, amiguito: usted siempre vé irse la cuestion. Cuando se habla de ilegitimidad y absurdidad en materias jurídicas, es necesario considerar la Humanidad un poco más extensa que un Ateneo ó un círculo de buenos amigos.

—¿Quiere usted decir?...

—Que si la pena de muerte se halla en oposicion, como usted dice, con las leyes y máximas del Evangelio, hace diez y nueve siglos que la Iglesia Cristiana duerme un sueño criminal, no clamando contra las leyes que han autorizado aquella pena.

—¡No digo yo tanto!...

—Si lo dice usted; sólo que por lo regular cuando hablan ustedes, no miden el alcance de sus palabras.

—Podrá ser, pero...

—Nada, amigo mio; se ván ustedes muy léjos en alas del sentimentalismo. Si lo que usted enseña lo oye-se un enemigo del Evangelio, diría con justicia que está en lo cierto al trabajar por sustituir aquella bendita Religion.

—Y ¿en qué se fundaría?

—En lo mismo en que usted funda su propia doc-

trina: si el Cristianismo es contrario á la pena de muerte, ó sobra el uno ó sobra la otra. Hasta ahora aquél no ha logrado (no se lo ha propuesto) borrar de los Codigos tal pena; luego, si la civilizacion que usted desea es enemiga del patibulo, habrá de traer una religion que sea eficaz para arrancar *ese sangriento padron...*

—Pero ¿de verdad usted quiere verlo en las sociedades?...

—¿Cómo que *si de verdad?* ¿Piensa usted que falsamente sería capaz, como ustedes, de lanzar al público ciertas ideas? Ustedes que tánto proclaman la fuerza *de la idea*, ¿créen que los de cierta escuela podemos entretenernos tampoco en tratar de broma públicamente sobre materias gravísimas como esta?

--Me pasma la dureza de corazon que afecta usted.

--Nó que afecto tener, sino que tengo: y mire usted, soy capaz de llorar si se le cáe á usted una muela; pero si merece usted que lo ahorquen y... aunque con dolor...

--¡Exageraciones!

--Que no perjudican al órden social, sino que lo consolidan.

--Pero que desdicen de la filantropía...

--Cierto; pero nó de la caridad; y ésta, amigo mio, ésta es la que salva á individuos y pueblos.

--¡Buena caridad, matar á un hombre en un patibulo!...

--Así acabó Jesucristo, en uno muriendo para... para que ahora cualquier barbilampiño se ría de la civilizacion cristiana, *porque* no ha borrado de los Códigos la pena de muerte.

--No es la culpa del Cristianismo...

--Pues entonces ¿de quién se queja usted? Ni es ésa la cuestion; que ahora sí que usted se aparta de ella: ó la pena referida es legítima y razonable, ó no. Si lo es, la Teología cristiana no puede combatirla.

--¿Dice usted, que la Teología no la combate?...

--Ta, ta, ta!... Pues ¿con qué gigante Pandaflan- do de la Fosca Vista soñaba usted que peleaba?... ¿Esas

tenemos? ¿Creía usted que la Teología cristiana proscribiera la pena capital?...

Visto está que ustedes, los de la sabiduría moderna, tienen bueno el corazón, pero mala la cabeza.

--¡Gracias!

--Y en esto somos más benévolos que ustedes acostumbraban serlo para con nosotros; pues lo ménos que nos échan en rostro, es que tenemos corazón de tigres y cabeza de fariseos.

--Pero ¿me asegura V. que la Teología...

--¡Un cura, amigo mío!: búsque un cura; y cualquiera de los pocos que van ustedes dejando, le enseñará á usted lo que ignora. ¡Si ésa es la causa de la mayor parte de los desórdenes modernos; hablar de lo que no se entiende, y condenar lo que no se conoce!... ¡Si la mayoría de los que atacan la fé católica no sabe ni los artículos de ella!... ¿cómo quiere usted que no disparaten? Lo mismo sucede á los que, por el buen deseo de que no se alzen cadalsos, declaran cómplice criminal á la Iglesia Católica en que los Códigos conserven y apliquen la pena de muerte; y mienten fantasmas de la Inquisición y...

--De modo que...

--Sí; dijeran simplemente que la pena capital es una cuestión cuya suerte depende más de los criminales que de los legisladores, porque aquéllos son los que han de dejarla en desuso no cometiendo crímenes que la demanden; dijeran que la efusión de sangre humana siempre inspira repugnancia, por lo cual sería gran adelanto para las sociedades europeas no verla aplicada...

--Luego viene usted á parar en que...

--Sí, señor... en que no es contraria al Evangelio esa pena; sino contrario á su Moral el estado criminoso de un pueblo que hace necesario el derramamiento de sangre. Nadie más enemigo del patíbulo que el sábio autor del *Tratado de los delitos y las penas*, Beccaria; y, sin embargo, el máximo de lo que pidió fué la abolición indefinida de aquella pena en *tiempo de paz*; pero admitiéndola en los tiempos de desórdenes ó tras-

tornos públicos. ¿Sería esta opinion suya, en el último caso, enemiga del Evangelio?--Además ¿han sido acaso únicamente los cristianos los repulsivos á la pena capital? ¿Ignora usted que Ciceron decia (1), «que nada deseaba con más ardor que el ver abolido el último suplicio bajo su consulado?» Pues como el Orador Romano muchos otros pensarían; y, no obstante, bajo su consulado se condenó á tal castigo, y se aplicó. (2) Porque, amigo mio, la idea de la abolicion del patíbulo es un buen sentimiento, pero éste por sí solo no es una buena razon; mucho ménos ante el interés social, contra el que no puede estar el Evangelio.

¡Nada!; deje usted en paz á la Iglesia Católica y á su Teología y á sus curas; y, ántes de calificar de tígres y fariseos á los católicos partidarios de la pena de muerte, advierta usted que no son pocos, que son muy distinguidos, y que son altamente piadosos; por más que, dolorosamente, pero con profunda conviccion de que aplican un remedio necesario á la sociedad enferma, declaren racional y justo por su naturaleza aquél castigo.

Y en declararlo así no van contra el Evangelio, como se lo demostraré á usted.

I.

Bajo doble concepto puede la inteligencia humana ocuparse de Dios; ó como principio y fin que és de la naturaleza; ó en cuanto está sobre ella, y se manifiesta á la Humanidad como causa suma, efectriz y primera, de toda la obra de su felicidad. En el primer sentido, corresponde el estudiarle á aquella parte de la Filosofía que se denomina Metafísica; y en el segundo, á la Teología, que viene á ser, por este oficio, una virtud ó hábito de la mente, la cual, de los principios de la Fé

(1) Orat. Pro. C. Rabirio.

(2) Varios cómplices de Catilina fueron condenados á muerte.

que Dios ha enseñado á su Iglesia por escrito ó sin escrito, deduce conclusiones racionando con un órden científico. Es, pues, la Teología la Ciencia de la fé, como ha dicho Maret (1); ó, como la definen los maestros de ella, un desarrollo humano de la fé.

Por cuanto sus principios son los hechos divinos por la revelacion comunicados, principios de tanta certeza como verdades que son por Dios dictadas á la Razon; para el ateo y para el racionalista, la Teología no se ha escrito; no entienden de ella; y es inútil pretender convencerles con sus argumentos, pues no los consideran de peso científico. De consiguiente, cuando dicen: —«esto es contra la Teología,» en rigor de verdad no saben lo que dicen.

Más camino llevarian en decir: «esto es contra filosofía;» empero, así y todo, deberian añadir un adjetivo en ésa proposicion:—«esto es contra *mi* filosofía»; quedando en esa forma circunscrita toda la controversia dentro de ese *mi*; esto es, dentro del *mi* satánicamente soberbio del Racionalismo. Porque sér una cosa contra la Filosofía, tanto es como estar en contrariedad con el discurso natural y racional del entendimiento; más ser contra *una* determinada filosofía, esto es, contra un singular modo de pensar, es tan sólo oponerse á un particular delirio. Los Santos Padres, y ántes que ellos el Apóstol de las gentes, condenaron la faláz y capciosa Filosofía cual la manejaban los herejes; y amaron la sana y pura que se pone al servicio de la ciencia divina. Por ejemplo; antójasele á un *filósofo* cualquiera afirmar redondamente esta extravagancia de mal gusto en pleno siglo XIX: «el culto de los santos »no es más que el paganismo antiguo;» y al reproducir tal aseveracion, la cual sobre herejía es disparate clásico del Protestantismo, y necedad ya tan desacreditada que han desistido de ponerla en juego, como sério argumento, los que se precian siquiera de eruditos

(1) *Teodicea cristiana*, por H. L. C. Maret.

entre los ménos ortodoxos; al afirmar, decimos, tal inconveniencia, el provocador de la indignacion popular, que de ése modo hiere el sentimiento teológico de los católicos... dirá que lo enseña con arreglo á *su* filosofía.

La ciencia de la Fé no es, no puede ser contraria á la Razon, ni aun tratando de los misterios divinos que la fé propone, y ella desarrolla; pues los desarrolla humanamente, á saber; con la Filosofía, con la luz de la inteligencia humana. Para el atéo, por consiguiente, lo mismo que para el racionalista, tampoco la Filosofía se ha escrito; tampoco es ciencia. En vano querreis discutir con ellos; pues no convendreis ni en el objeto del raciocinio, ni en el estado presente de las facultades de la inteligencia, ni en el método. Quien niega en Teología, forzosamente ha de negar en Filosofía; y negar en una y otra es el sistema del ateismo y del racionalismo: ¿Afirmar? Jamás; cuando parece que lo hacen es cuando más niegan: en el razonar, van al absurdo; en el historiar, á la novela. Por eso la pretenciosa ciencia moderna con su enfático alardear de independentismo, nada edifica, y tiende á destruirlo todo; lo cual es lógico, puesto que el Protestantismo, que es su padre, lo que hizo fué negar, y no otra cosa que Negacion se define á sí propio.

Reina y Señora de las ciencias la Teología, quien la admite y respeta, admite y respeta la Razon humana, el consorcio armónico entre Dios y el hombre, la elevada estirpe de éste, y la nobleza de la racionalidad sobreañadida al supuesto humano; porque no es más la Ciencia aquélla, que la misma Filosofía juzgando de los hechos divinos, ó sea, de las verdades reveladas por la Divinidad en su bondadosa comunicacion con la única criatura capaz de conocerle, y entenderle entre las vivientes sobre la tierra. Reina, como el águila de las demás aves; por remontar su vuelo á alturas á donde ninguna asciende. Señora; porque todas sirven á su magestad y poderío, á sus piés depositando la labor de sus investigaciones particulares. Igual á ellas en

metodizar las verdades y disciplinar sus principios, abarca lo que las demás ciencias abarcan; y aventajándolas á todas, sube hasta donde ellas suben; y al dejarlas, llenas de fatiga tocando al órden de la revelacion, ella lánzase dentro de él, atraída por un imán que en la índole de las ciencias no está sentirlo, y guiada por bellísima luz que aquellas no perciben.

La idea del yo, la idea del mundo y la idea de Dios forman el objeto del conocer humano; y en esas tres ideas que se denominan fundamentales de la conciencia racional, todo está comprendido. Si no hubiera, pues, Dios, dos únicamente serian las ideas de la humana conciencia, esto es, de la conciencia universal; y, en efecto, dos son, pues á dos las reducen, en concepto del ateo y del racionalista; las cuales forzosamente hundenles en el materialismo. No creen más que en lo tangible; y lo tangible es éso, el mundo material y el material cuerpo. Aún de su yó, de su espíritu, no se comprende cómo el racionalista atestigua la nobleza, no pudiendo compararlo con el Sumo Ser Espiritual á quien desfigura ó niega. ¡Carnal Filosofía todo! «En el hombre carnal, decia San Agustin, toda la costumbre de juzgar es la regla de entender (1); lo que suelen ver, lo creen; lo que no suelen ver, no lo creen: *quod solent videre, credunt; quod non solent, non credunt.*

Por esto el que desacredita la Teología, racionalista ó ateo, conviértese en incrédulo; y, como tal, rechaza la revelacion divina. Mas ¿qué demuestra en último resultado?--No tener conciencia humana, porque despojando á ésta de la idea de Dios, quédase con una conciencia bipartita; conciencia particular, que no es la conciencia del Género humano. No busqueis otra razon de diferencia entre el creyente y el no creyente: son de diversa conciencia; tiénela el primero conforme á la Humanidad; el segundo se excluye á sí mismo de parecerse á ésta. La Teología, arreglada á la conciencia

(1) *In homine carnali tota regula intelligendi est consuetudo cernendi.*

racional, abraza las tres ideas fundamentales de ella.

De ahí su relacion con todas las ciencias, armonizando con sus sólidas teorías; de ahí que tome á todas aquellas sus principios, sirviéndose de ellos como de fuentes; de ahí su conexion con todos los conocimientos intelectuales, adoptándolos en cuanto le aprovechan para sus fines, que son explicar debidamente, racionalmente, por la Metafísica y la Revelacion, á Dios, al hombre y al mundo. Pero siempre superior á todas las ciencias, como de superior excelencia en origen y de infalible certeza en sus afirmaciones, es cual abeja del mundo científico que recoge lo más sabroso de los conocimientos humanos para formar su panal divino.

Lo que la Teología, pues, condena, las demás ciencias no deben aprobarlo; lo que ella desecha, nadie debe aceptarlo: es la piedra de toque para juzgar de la verdad, y bondad y belleza de toda idea. En el orden intelectual, es la primera luz de lo verdadero, lo mismo respecto de la idea del yo, que de la del mundo, que de la de Dios. Causa asombro, por tanto, oír al racionalista decir: «esto es contra el Evangelio.» ¿Qué saben los racionalistas de Evangelio? Si no admiten, ni respetan la Teología, única filosofía que con método adecuado y sistema coherente explica sin incertidumbre posible el Evangelio; si no admiten la idea de Dios ¿cómo han de entender la palabra salida de la boca del Altísimo?

Luego al demostrar que la pena de muerte no es contraria al Evangelio, claro es que nos hemos de entender con los no atéos, con los nó racionalistas, con los nó incrédulos. Quien no cuenta á la Teología en el número de las ciencias, ni á los Libros Sagrados como inspiraciones de Dios y revelaciones suyas al entendimiento humano, no puede comprender lo que la pena de muerte sea, considerada ante aquélla ciencia y ante aquel divino Código.

LUIS PARDO DELGADO.

LAS VÍSPERAS SICILIANAS.

BOSQUEJO HISTÓRICO.

Uno de los acontecimientos más notables de la historia de la edad media y de la de Sicilia, es el conocido con el nombre que encabeza este artículo.

Notables acontecimientos, que vamos á reseñar ligeramente, prepararon la famosa conjuración, llevada á feliz término por el médico salernitano Juan de Prócida.

De tiempo atrás, desde el principio de la famosa lucha alemana entre Güelfos y Gibelinos, y particularmente desde el reinado de Federico Barbarroja, y mejor, desde las luchas entre Enrique IV de Alemania y Gregorio VII, existía grande animosidad entre el sacerdocio y el imperio. Bastaba que el uno tomase una determinación para que el otro se opusiera. ¡Cuántas veces por causas insignificantes se derramó la sangre de sus pueblos!

La contienda entre estas dos potestades era desigual. La Iglesia entonces, como la institución más fuerte y poderosa que se conocía, estaba por cima de los reyes y de los emperadores, uniendo al poder espiritual, tan temido y respetado en aquel tiempo, el poder temporal. Por éste, se entabló entre los emperadores y los pontífices una serie de luchas, que dió por resultado el descrédito de ámbos adversarios.

Desde aquella época, Roma hizo la guerra á los emperadores de Alemania, y ésta no cesó de oponer obstáculos á la política del Vaticano. Cuando Roma no po-

dia vencer por medio de la fuerza, apelaba á un medio entonces verdaderamente poderoso y que ponía en sus manos los cetros de los reyes. En muchas ocasiones usó de este recurso, y en la edad média, que es la época del poder de los Papas, más que en ningun otro periodo. Enrique IV de Alemania y Federico Barbarroja fueron excomulgados por no acceder á las pretensiones de los Pontífices.

Todos los resortes imaginables se pusieron en juego para alcanzar el triunfo en la ruidosa contienda sostenida entre esos dos poderes, entre el Imperio y Roma.

En los acontecimientos que vamos á narrar, toman parte los soberanos Pontífices, no á favor de la justicia, sino contra el derecho y la inocencia.

*
* *

Habiendo muerto Federico II (1,250), emperador de Alemania, que tambien tuvo sérios altercados con los obispos de Roma, el pontífice Inocencio IV, su enemigo personal, se alegró en extremo y declaró féudos de la Santa Sede los estados de Nápoles y Sicilia, pertenecientes á Conrado IV, el hijo y sucesor de aquel, quien abandonando la Alemania á su competidor Guillermo de Holanda, fué á Itatia (1,251), á tomar posesion de la herencia que allí le habia dejado su padre.

Corto fué el reinado de Conrado IV, pues duró tan sólo cuatro años. En ellos distinguióse por el mucho rigor que usó con sus pueblos y particularmente con Nápoles, que le opusó tenaz resistencia, y sintió, al apoderarse de ella á viva fuerza, el cruel castigo impuesto á los principales gefes rebeldes. A la muerte de aquél le sucedió su hijo Coradino.

Como era menor de edad, quedó bajo la tutela de su tio Manfredo, habido en la hija del conde Lancia. El tio de Coradino era un príncipe prudente, enérgico, valeroso y decidido á defender los derechos de su sobrino contra toda eventualidad.

Tuvo Manfredo desde el principio la idea, que despues llevó á cabo, de usurpar la corona á su sobrino. Así es que todo su conato se reducía á engrandecer el reino y atraerse á su bando gran número de partidarios.

Al mismo tiempo, hizo correr la voz de que habia

muerto su sobrino, coronándose entonces como su heredero, rey de las Dos Sicilias, en Palermo (1,258).

Esta usurpacion y la creencia que tenian algunos de haber sido él la causa de la muerte de Conrado, (1) por envenenamiento (2), dió ocasion á grandes males para el reino, pues Manfredo se creó muchos enemigos, sobre todo en el partido Güelfo, siempre contrario á la casa de Suabia ó de Hoenstauffen, gran número de partidarios de Coradino y aún el pontífice Inocencio IV que le privó de muchos partidarios. Manfredo, así como sus predecesores los emperadores de Alemania, sintió pesar sobre su cabeza el terrible anatema de la Iglesia, que era la mayor y más temible calamidad que podia caer sobre cualquier príncipe.

Sin embargo, todavía fué infinitamente peor lo que hizo el pontífice Urbano IV, pues considerando el reino de Nápoles como patrimonio de la Santa Sede, dispuso de él á su antojo y se lo cedió á Cárlos de Anjou, hermano de S. Luis, rey de Francia.

El de Anjou era uno de los príncipes más valientes de su tiempo, á la vez que uno de los más crueles y sanguinarios. Se habia hallado en las famosas expediciones realizadas por los cristianos al oriente, en la 7.^a cruzada de S. Luis (1,248--1,254).

Cuando aceptó el reino de Nápoles estaba ya casado con la heredera del condado de Provenza, con Beatriz, hija de Raimundo Berenguer. Cárlos se prometió conquistar fácilmente el reino de Nápoles, que habia de ser feudatario de Roma, pagando al pontífice un tributo anual de ocho mil onzas de oro, (3) aunque él estaba dispuesto á no satisfacer absolutamente nada.

Manfredo, entre tanto, reunia sus fuerzas, compuestas del partido Gibelino y de los sarracenos de Lucería, lo que era censurado por la opinion pública, que le acusaba de profesar en secreto la secta musulmana.

Sin embargo de ser Manfredo usurpador de la corona de Nápoles y Sicilia, pues esta pertenecía como sabemos á Coradino, aparece á nuestros ojos más noble que Cárlos de Anjou, teniendo en cuenta que su causa es la siem-

(1) Cantú, *Hist. Univ.*

(2) Verdejo, *Hist. general.*

(3) Weber, *Hist. Univ.*; Cantú, obra citada.

pre santa de la independencía, en tanto que Cárlos se presenta como todo conquistador; llevando tras sí el luto, la desolacion y la miseria, convirtiéndose en tirano, usurpador de un reino, sobre el que no tiene más derechos que la fuerza y el apoyo que le daba el Papa, siempre enemigo de los Gibelinos.

Manfredo anhelaba medir sus armas con el de Anjou, que ya habia sido coronado en Roma (1,264) rey de Nápoles ó de las dos Sicilias.

Los dos ejércitos se avistaron en las llanuras de Benevento, donde se dió la batalla; y no obstante la superioridad de fuerzas del Anjiovino, (30,000 combatientes), hubiera sido derrotado por la caballería alemana que hizo prodigios de valor; pero Cárlos, faltando á las leyes del honor, mandó á sus guerreros que hiriesen á los caballos de los alemanes, y éstos, al caer, cogian debajo á los ginetes, que, imposibilitados de moverse con el peso de la armadura, sucumbian sin remedio, consiguiendo con tal felonía la victoria. Manfredo al observar ésto y ver que parte de sus tropas, las mandadas por los condes de Cerra, de Caserta y otros, abandonaban su causa, retiróse del campo de batalla, y lanzándose sobre el enemigo, pereció heroicamente (1,266). (1) Sus soldados recogieron sus despojos, que guardó despues un tosco monumento de piedra.

En una sóla batalla cayó en poder de Cárlos de Anjou el reino de Nápoles, que fué tratado como país conquistado, cometiendo con los Sicilianos y Napolitanos todo género de tropelías.

Los Gibelinos y muchos que no lo eran, pero perseguidos y tiranizados por los franceses, vieron su salvacion en el norte (Alemania), en la córte del duque Luis de Baviera, donde moraba Coradino, hijo de Conrado IV y sobrino de Manfredo.

Coradino vé los deseos de los napolitanos, y acompañado de su primo el duque de Austria, Federico de Baden y de un ejército de seis mil caballeros, abandona la córte de su tío, sin que sirvieran de nada los ruegos y consejos de su madre, Isabel de Baviera, que no cesaba de exponerle los peligros que tenia que arrostrar y lo

(1) Sismondi, citado por Le Bas, (t. 1.º pág. 370), en su *Historia de Alemania*.

funesta que habia sido siempre la Italia á sus antecesores.

Coradino, imaginacion verdaderamente romántica, que no soñaba, cual otro D. Sebastian de Portugal, mas que aventuras y empresas caballerescas, creyó cosa fácil vencer al de Anjou, figurándose que su sólo presencia bastaría para levantar la Italia á su favor y conquistar el trono de sus antepasados. ¡Error funesto que le costó la vida!

Sin embargo, empieza su campaña con auspicios favorables: atraviesa la Lombardia (Italia septentrional), y la Toscana (Italia central), pasando por Roma, de donde habia huido el Papa, que le excomulga, y luego por Viterbo desde donde el pontífice pronunció aquellas palabras que fueron una profecía: «Marchan coronados como víctimas que van al sacrificio.»

Muchos partidarios se le unieron despues; entre ellos Enrique de Castilla, que era senador romano y enemigo del angiovinno. Los sarracenos de Lucaria tambien lo auxiliaron, y las tropas africanas que mandaba el vicario de Sicilia, Conrado Capecio.

Cárlos de Anjou apresta sus aguerridas huestes y sale al encuentro de Coradino, encontrándose con él en Taglia Coro (1,268). Los dos ejércitos eran fuertes, los dos aguerridos, y los dos peleaban con entusiasmo por la causa que defendian. Los angevinos por sostener á Cárlos, que representaba para ellos la gloria, el poder, y, sobre todo, el bienestar, que tenian con las riquezas arrebatadas á los napolitanos y sicilianos: los otros, los partidarios de Coradino, defendian la más noble de todas las causas, la causa de la pátria, la independendencia de Nápoles y Sicilia, personificada en Coradino.

El de Anjou en esta batalla como en la de Benevento, obtuvo el triunfo. Se valió de una estratagema, es verdad, pero consiguió la victoria. Siguiendo el consejo del anciano Alard de S. Valery, dividió su ejército en tres cuerpos: el primero tenia por gefe á Enrique de Cosence, que se parecia mucho al rey Cárlos, y para que el enemigo se creyese era éste, fué vestido con las insignias reales: el segundo lo mandaba Juan de Crari, y los dos reunidos formaron un sólo cuerpo y presentaron la batalla. El rey Cárlos con Alard de S. Valery, Guillermo

de Ville-Hardonin, príncipe de Morea y 800 caballeros, la flor de su ejército, se escondió en un pequeño valle para tomar parte en la acción al fin del combate, y cuando el enemigo estuviese cansado.

Coradino dividió también el suyo en tres cuerpos: él y el duque de Austria, su primo, mandaban uno; Galvano Lancia, otro, y Enrique de Castilla el tercero. Se empieza la batalla y en pocos momentos es vencido el ejército de Carlos. Este, que observaba la acción, desesperábase no pudiendo ir al socorro de los suyos, por impedirselo S. Valery, que no conceptuaba era todavía tiempo de caer sobre el enemigo. Cuando las tropas de Coradino vieron entre los muertos á Enrique de Cosence, tomándolo por el rey, se dispersaron por el campo para robar. Viendo entonces Alard de S. Valery que los alemanes habian roto su orden de batalla al perseguir á los fugitivos y que estaban divididos en pequeños pelotones, dijo á Carlos: «Mandad tocar ahora á la carga, pues es llegado el momento.» En efecto, los franceses de fresco cayeron sobre las tropas de Coradino, haciendo en ellas gran matanza. El ejército de Carlos, engrosado con los fugitivos que se agruparon á su alrededor, obtuvo una completa victoria, permaneciendo hasta la noche en el campamento en orden de batalla, para no dejar duda de su triunfo. (1)

Coradino y su primo el duque de Austria, cuando iban á embarcarse y tal vez á ponerse en salvo, viéronse puestos traidoramente á disposición del de Anjou, que fué como entregarlos á muerte segura, pues su feroz enemigo los condujo á Nápoles, les formó un injusto proceso y los condenó á muerte, de acuerdo con Roberto Bari, el único voto favorable á los deseos de Carlos. Cuentan los autores de la Historia universal pintoresca (2) y Baumer (3), que cuando el indigno magistrado leyó en alta voz la sentencia, que sólo él se habia atrevido á pronunciar entre todos los del tribunal, Ro-

(1) Sismondi, citado por Le Bas, *H. de Alemania*, t. 1.^o páginas 370, y 371.

(2) Pág. 279.

(3) Citado por Le Bas, *Historia de Alemania*.

berto de Flandes, yerno del rey, dióle un golpe en el pecho con el estoque que tenia en la mano, diciéndole: «No te pertenece á tí, miserable, el condenar á muerte á tan noble y gentil señor.» El juez cayó muerto en el acto en presencia del rey, que ni siquiera se atrevió á vengarlo.

La senténcia se ejecutó en la plaza del Cármen de Nápoles y en presencia del mismo Cárlos de Anjou, que gozaba con el suplicio de sus inocentes víctimas. «¡Ah! ¡Cuánto dolor traspasará tu alma, madre mia, cuando sepas la muerte de tu hijo!» exclamó Coradino al subir al patíbulo, y arrojó su guante en el acto de espirar, en señal de que cedía sus derechos al que le vengase (1). Este guante fué recogido por Enrique de Waldsburgo y llevado al rey de Aragon, que entonces lo era D. Jaime, padre de Pedro III, esposo de Constanza, hija de Manfredó. (2)

Una vez muerto el gefe del partido gibelino, el de Anjou se ensañó cruelmente, como él sabia hacerlo, con el partido vencido. Destierros, confiscaciones, prisiones, derechos cargadísimos en lo que atañe al comercio, impuestos por lo más insignificante, y, sobre todo, unas contribuciones exajeradísimas, como nunca habian tenido los napolitanos y sicilianos; adulteró la moneda, y al que no la admitia lo encerraba en prisiones y despues lo castigaba bárbaramente. Esta tiranía, que nos recuerda la de los Normandos en tiempo de Guillermo el Conquistador con los sajones, hizo que llegára al colmo la desesperacion de los Napolitanos y Sicilianos, que no deseaban más que encontrar uno que los librase del despotismo del de Anjou.

Este usó de tantas crueldades y fueron tan insolentes los franceses para con los vencidos, que ha hecho no sean estos estimados jamás en Italia, sino cuando no están en ella (3). Tales demasías le han valido á Cárlos que los historiadores le apelliden *tirano de las Dos Sicilias*.

(1) Verdejo, obra citada.

(2) Verdejo, Baumer citado por Le Bas, y Autores de la Hist. universal pintoresca.

(3) Cantú.

En esta época puede decirse que estaban en moda las tiranías. La mayor parte de las ciudades italianas sufrían horriblemente de sus gobernantes. Milan se hallaba dominada por los Torreani, los Visconti y Sforcias; en Lodi los Vestarini, los Fiseragas y los Vignati; en Verona los Escalígeros; en Pádua los Carraras, etc. (1). ¡Triste era por cierto la situación de Italia en aquel tiempo! Pero de todos los estados italianos los que más padecían eran Nápoles y Sicilia. Para estos no podía durar mucho estado tan precario.

*
* *

Desde el año 1,268, en que se dió la batalla de Taglia-Cozo, hasta el de 1,282, en que tuvo lugar el acontecimiento de las Vísperas Sicilianas, no es calculable el número de víctimas que perecieron, más bien que por su amor á la casa de Suabia, por el deseo que tenían los franceses de apoderarse de sus riquezas. Era un delito ser propietario, pues enseguida veíase denunciado como gibelino y conspirador, encerrado en la cárcel, procesado y sin más ley que la voluntad de Cárlos ó de sus secuaces, mandado al cadalso, donde desapareció lo mejor de la nobleza y de la juventud napolitana y siciliana.

El de Anjou era una especie de Neron, amigo de derramar sangre por el más leve motivo, y sus tribunales de Sicilia nada tenían que envidiar á nuestra Inquisición. Las ciudades se veían devastadas, y si oponían resistencia eran pasados á cuchillo sus habitantes, emigrando los que podían hacerlo, — no siempre se presentaba ocasión para ello, — y trabajando en el destierro por la libertad é independencia de Sicilia.

Uno de estos emigrados figuró mucho en la conspiración de las Vísperas, siendo el alma de ella. Llamábase Juan de Prócida, y había sido favorito y médico de Manfredo. Sus grandes conocimientos y

(1) César Cantú cita en el t.^o 4.^o de su «H. Universal» versión española de Nemesio Fernandez Cuesta, cap. 16, pág. 402, un infinito número de tiranos, que prescindimos de mencionar por no extendernos demasiado.

la influencia que ejercia en el partido gibelino, le hicieron representar importante papel en la tentativa de Coradino. Terminada en Taglia-Jozo la esperanza de este partido, Prócida se refugió en la córte del rey D. Jaime de Aragon, cuyo hijo, que despues fué Pedro III el grande, estaba casado con Constanza, hija de Manfredo, la única heredera de la casa de Suabia al reino de las Dos Sicilias.

Fué bien recibido el médico Prócida en la córte de Aragon, pero no obtuvo los recursos que esperaba porque el reino estaba envuelto en sangrienta guerra civil, promovida por el hijo bastardo de D. Jaime, Fernan Sanchez; únicamente le dieron esperanzas de realizar la conquista de Nápoles y Sicilia tan pronto como estuviese afianzada la paz.

*
* *

Pero trascurrieren los años y Nápoles y Sicilia no salian de la cruel servidumbre en que se hallaban; Aragon no daba á Prócida los socorros ofrecidos, y mientras, los franceses se enseñoreaban de Nápoles y se burlaban del reino de Aragon, al que calificaban de insignificante, pues ya habia llegado á sus oidos el deseo del aragonés de recobrar la usurpada herencia de su esposa. En tanto llega el año 1,276, y D. Jaime pasa á mejor vida, heredando la corona de Aragon su hijo D. Pedro y la de las Baleares su otro hijo D. Jaime.

En los primeros años del reinado de D. Pedro, éste no se decidió del todo á conquistar el reino de las Dos Sicilias, no permitiéndole los asuntos interiores de sus estados ocuparse en cuestiones que le habian de distraer. Mas pasado algun tiempo y ya mas tranquilo, dedica su actividad á agregar á sus reinos la herencia de su esposa.

Prócida no descansa en su grandiosa idea de dar libertad á la isla. Conspira constantemente en union de los nobles sicilianos, que no cesan de allegar materiales para lanzarse al combate, llegado que sea el momento oportuno, por el cual tanto suspiran.

En tanto que D. Pedro alista una numerosa escuadra, Prócida se avista con el emperador de Constantino-
pla, Miguel Paleólogo, que le promete recursos pecu-

niarios, interesado, como lo estaba, en el triunfo de Don Pedro sobre el de Anjou, por estar éste preparando un fuerte armamento para conquistar el imperio de Constantinopla, como heredero del desterrado Balduino; y también se vé con el Papa Nicolao, aunque su sucesor Martino IV era angiovinno.

La escuadra que disponía D. Pedro empezó á inspirar sérios temores á las demás naciones, á causa de no haber manifestado el aragonés abiertamente su destino. El objeto era dirigirla contra Sicilia, aunque hizo correr la voz de que proyectaba marchar á Túnez. Cuando los embajadores le preguntaban sobre el objeto de la expedición, les daba contestaciones evasivas, poniéndolos en gran cuidado: «si mi mano derecha supiese lo que hace »la izquierda, me la cortaría,» era su respuesta. D. Pedro, como buen político, empleaba siempre en sus empresas la astucia y la sagacidad.

*
* *

‘ Pasa el tiempo y llega por fin para los sicilianos un dia glorioso, que forma época en su historia: el dia de su libertad, el 30 de Marzo de 1,282.

Los sicilianos estaban ya cansados, y con razon, de la larga y odiosa dominacion francesa, hallándose en ellos latente el deseo de venganza. Todos los sufrimientos, todas las vejaciones y todas las infamias cometidas con los sicilianos, ván á ser purgadas en tan solemne ocasion.

De un momento á otro iba á sublevarse la isla, estando ya todo preparado; pero un suceso casual, imprevisto, acelera el desenlace, que tan fatal fué para los franceses. Es el caso que al dirigirse al templo un noble siciliano en compañía de su señora, un francés llamado Droqueto, prendado tal vez de la hermosura de aquella y bajo el pretexto de llevar armas escondidas, puso su impura mano sobre la noble siciliana. No parece sino que aquella fué la señal de la insurrección: indignados los sicilianos ante aquel torpe hecho no pudieron contenerse y se lanzaron sobre el francés, que pereció víctima del ódio que promovió su indigna accion.

Bien pronto Palermo, capital de la isla, donde ésto sucedia, se convirtió en horrible campo de batalla. Las

campanas de las iglesias que tocaban en aquel momento á vísperas, comenzaron á tocar á rebato. No quedó un palermitano que no empuñara las armas y las tiñera en sangre francesa. Ya no habia Güelfos y Gibelinos, la desgracia y la tiranía de los sicarios del de Anjou los habia unido, los habia hermanado; ya no eran más que sicilianos que aspiraban únicamente á una sóla cosa, al triunfo de la libertad, á la independendencia de Sicilia. Los gritos de «¡mueran los franceses!» «¡viva la independendencia de Sicilia!» se mezclaban y enardecian el valor de los combatientes. Las calles se cubrieron bien pronto de cadáveres; arroyos de sangre francesa y siciliana corrían por ellas. La excitacion de la matanza convirtió á los sicilianos en lobos ferozes; ya no eran hombres, eran fieras sedientas de venganza; ya no respetaban á los gefes que ellos voluntariamente se habian elegido; no querían más que sangre; y fué tal el ódio del pueblo á sus dominadores, que no consintió quedase semilla de ellos, dando muerte á las sicilianas que habian contraido matrimonio ó tenían relaciones con los invasores, sin respetar á las que estaban en cinta (1).

Dada la señal de la insurreccion en Palermo y una vez ésta vencedora, la isla en masa se subleva, cometiéndose todo género de represalias y obteniendo en todos lados la victoria; los franceses van de retirada á la parte continental, dejando por medio el estrecho de Mesina.

Dicen algunos historiadores que perecieron ocho mil franceses (2) y algunos, entre ellos Weber, elevan este número á veinte y ocho mil.

Entre los que se salvaron de la venganza siciliana, se cita á Guillermo de Porcellet, gobernador de Calatafimia, que siempre los habia tratado con consideracion. Si los franceses todos hubieran sido para la isla lo que Guillermo, no se habrían sublevado nunca los sicilianos, pues para ellos fué un padre cariñoso, un buen gobernador.

(1) Mariana. «Hist. de^a Esp.» Cortada, «Hist. gral.» vários autores, «Hist. Univ. pintoresca.»

(2) Fernando Castro, «Hist. gral.» Orodea, «Hist. de Esp.» Cortada, obra citada; Merelo, «Hist. Univ.»

Ya la Sicilia ha arrojado á sus verdugos, y ya es libre; ¡pero cuán poco le ha de durar su autonomía!--Esa libertad que á costa de tanta sangre y de tanto trabajo consiguió, fué una libertad efímera, fugaz, momentánea; ¡los mismos que han trabajado por emancipar la isla del yugo francés, conspirarán luego para darle otro tirano!

Sicilia creyó iba á ser una nacion independiente, y á imitacion de sus hermanas las ciudades del Norte de Italia, se constituyó en República. Esta era entonces la tendencia de las ciudades italianas, que, embebidas en las doctrinas políticas y filosóficas de Arnaldo de Brescia, no tenían mas miras que las republicanas. Los nobles sicilianos, enemigos de estas ideas, contemporizan al principio con ellas, pero favorecen secretamente los desórdenes, para poner á Sicilia en el aprieto de tener que pedir auxilio á Pedro III, á quien presentan como el sólo protector interesado en socorrerlos y como el único heredero de la corona de Sicilia.

Los sicilianos, viendo desaparecer su libertad si caian en manos del de Anjou, recordando lo mucho que habian sufrido bajo su dominacion y que aún los vejaría más si de nuevo se sometian á su poder, pues para ellos habia sido un tirano y un asesino, (1) comprendieron, (pero contra la mayor parte del pueblo siciliano, cuyo deseo era seguir con la república,) que debian ponerse bajo la proteccion de Pedro III de Aragon, y así lo hicieron efectivamente, esperando gozar con él de más ventajas que con Cárlos de Anjou.

Una revolucion que tan buen resultado habia obtenido al principio, se vé retroceder ahora: en lugar de conseguir el pueblo su libertad, lo que logró fué cambiar de dueño, pasar del poder de un rey al de otro, de manos de Cárlos de Anjou, á las de Pedro III de Aragon. Verdad es que éste no tenía la crueldad y la sed de sangre que el francés; pero al fin era un rey extranjero.

Sin embargo, no fué eso lo que se prometieran los sicilianos: lucharon ellos por arrojar la tiranía extraña, y al fin tuvieron que sufrir el gobierno de un monarca que

(1) Lafuente, «Hist. de Esp.» continuada por Valera.

no era siciliano. Hicieron una gloriosa revolucion y no supieron aprovechar las ventajas que pudo proporcionarles su triunfo; en lugar de defender con energía y valor su libertad y perecer más bien en medio de sus ruinas, como Sagunto y Numancia, quisieron ponerse bajo la proteccion del Papa Martino IV, que era uno de sus mayores enemigos y les amenazaba no sólo con la excomunion, sino tambien con poner el reino en entredicho si no obedecian al francés; y luego desearon volver á la dominacion de éste con tal que no los recargase de tributos, ni confiriese empleos á Franceses y Provenzales, lo que no admitió el angiovino, que, contando con un grueso ejército y una buena escuadra, destinada ántes á la conquista de Grecia, creyó empresa fácil someter un país que no contaba, á su entender, con medios para su defensa.

Pero los sicilianos, temerosos al castigo que pudiera imponerles el de Anjou, hicieron un supremo esfuerzo y se prepararon á rechazar al angiovino, poniéndose entonces, como ya hemos dicho, bajo la proteccion del aragonés.

Juan de Prócida, en una nave enlutada (1) se dirigió á Túnez, donde se hallaba D. Pedro, y le ofreció la corona de Sicilia. Aceptada por D. Pedro, inmediatamente hizo rumbo hácia la isla, y desembarcando en Palermo, fué bien recibido, ciñéndose allí la corona de los antiguos reyes normandos.

En tanto Cárlos tenia fuertemente asediada á Mesina y próxima á rendirse: el auxilio mandado con tanta oportunidad por D. Pedro la salvó, por una importante victoria obtenida sobre la escuadra del angiovino, que fué quemada, echada á pique ó hecha prisionera. En esa batalla naval, los fieros Almogavares, que nunca habian peleado por mar, se portaron tan admirablemente y mostraron un valor tal, que entusiasmado el calabrés Roger de Láuria, gefe de la escuadra aragonesa y el mejor marino de su tiempo, dijo: «que con guerreros como aquellos se comprometía á que ni aún los peces navegaran por las águas de Sicilia como no llevaran en la cabeza las barras de

(1) Modesto Lafuente, obra citada.

Aragón.»—Desde este momento la marina aragonesa-catalana fué la reina del Mediterráneo (1), no cesando de obtener victorias sobre los franceses.

Los historiadores dicen que cuando el de Anjou supo la derrota sufrida en Mesina, mordió el cetro y exclamó: «Señor Dios, mucho me habeis elevado; haced que no sea demasiado precipitada la caída.»

La derrota sufrida en Mesina fué mortal para el francés, pues los sicilianos, envalentonados desde entonces y unidos á los aragoneses, derrotaron siempre á sus antiguos opresores.

Después de estos sucesos, Carlos desafió, según unos, á Pedro de Aragón; según otros, D. Pedro fué el retador. Admitido por ámbos el desafío, había de verificarse en Bardeos (Francia) que era ciudad neutral perteneciente al rey de Inglaterra Eduardo I. Cien caballeros habían de acompañar á ámbos contendientes y el vencido perdería sus derechos, no solo á la corona de Sicilia, sino también su patrimonio, quedando como mentidor de fé y traidor (2). Unos historiadores dicen que D. Pedro se presentó en el sitio del combate y otros que no asistió. Las Cortes aragonesas se opusieron á este desafío, pero según algunos, D. Pedro, disfrazado de sirviente de un mercader, (3) se presentó en Burdeos el día fijado; si bien, sabiendo que los franceses le preparaban una celada, dió una vuelta por el palenque y entregó sus armas al gobernador de la plaza, levantando acta de su asistencia al sitio del combate y retirándose enseguida á Vizcaya.

D. Pedro continuó luchando en Italia y en España contra los franceses, no intimidándole lo más mínimo la excomunión que le lanzó el Papa, ni el que cediese sus estados á Carlos de Valois, pues casi siempre la fortuna le fué propicia. En esto (1,285) murió Carlos de Anjou, dejando el trono á su hijo Carlos II el Cojo.

Una serie de guerras continuada por los herederos del Aragonés y Francés, tuvo separados los reinos de

(1) Lafuente, op. cit.

(2) Cantú.

(3) Lafuente.

Nápoles y Sicilia, hasta que en el siglo XV, Alfonso V el magnánimo, rey de Aragon, conquistó á Nápoles á la muerte de su última reina Juana II.

Tal fué el resultado de aquella famosa conspiracion que dió la libertad por el pronto á Sicilia, pero que ésta no gozó mucho tiempo, porque los mismos que al principio tanto habian trabajado por ella, llegaron luego á ser sus más mortales y terribles enemigos, poniendo de manifiesto sus bajos fines y no un verdadero patriotismo.

Juan de Prócida, Roger de Láuria y otros nobles sicilianos, al trabajar por la independenciam de Sicilia, lo hacian con el objeto de recobrar los bienes que les habia confiscado el angiovinom. Así vemos cómo en los tiempos posteriores, esos mismos que habian luchado á favor del aragonés, hacen una terrible oposicion á sus herederos, volviéndoles cobardemente la espalda cuando están en desgracia.

Por regla general, el pueblo, que en todas las revoluciones es el que más sufre y siempre el que más se expone, saca ménos fruto de esas convulsiones sociales, que, cual las de la naturaleza, todo lo revuelven, todo lo trastornan y á veces todo lo aniquilan. El pueblo siciliano no obró con el tacto y la prudencia que debia en aquellas memorables circunstancias, dejándose arrebatam lo que tan sólo á él correspondía, la direccion de los negocios públicos. Sicilia proclamó la república; más como los nobles, que eran los que ménos parte habian tomado en las vísperas, siendo éstas explosion del odio popular, estaban comprometidos con el aragonés, hicieron todo lo posible para conseguir su intento, cogiendo así el fruto que otros más cándidos, más inocentes, se habian incautamente dejado arrebatam; y Sicilia, que hubiera sido una importante nacion gobernada republicanamente ó con un rey nacional, fué á convertirse así en humilde esclava de Aragon.

JUAN LLOPIS GALVEZ.

A ROMA.

CANTO.

Tu regere imperio pópulos romane memento.

VIRGILIO. — *Eneida.*

Aún en pié te contemplan las edades,
¡Soberana del mundo! ¡eterna Roma!
El soplo de sus vientos destructores
No apagó de tu vida las antorchas;
Cayeron mil imperios derribados,
Magníficas ciudades populosas
Apenas un vestigio en sus ruinas
Dejaron á las gentes; Babilonia
No se ostenta del Éufrate á las márgenes,
Nínive yace en las llanuras sólas,
Y en humo de Ecbatána los recintos
Convirtiéronse al fin; Tébas famosa,
Sidon y Tiro, cuyas ráudas naves
Surcaban ántes las rugientes olas,
Cartago tu rival, Balbeck, Palmira,
Persépolis, Corinto y tantas otras,
En los hondos abismos, do la muerte
Escombros y sepulcros amontona,
Hundidas véense, como aquella Atlántida
De que sólo nos resta una memoria.

Tú, tras luchas terribles y contiúas
De patricios y plébes revoltosas,
Escuchando la voz de tus tribuneros,
Bajo el peso de espadas dictatoras,
Con el céetro de Augusto deslumbrante
Ó de Neron con la sangrienta ropa,
Ébria con las escenas de tu Circo,
Apurando tus noches licenciosas,
Teniendo al despertar de tus orgías
Que deponer un tiempo tu corona,
Mirando tus murallas asaltadas
De extraños pueblos por salvages hordas;
Tú, despues de aquel cáos en que sientes
De tu alto imperio las columnas rotas,
Abrasados tus templos y palacios,
Derribados tus dioses y tus diosas;
Despues de aquel eclipse, en que á la tierra
Alarico y Atila hicieron sombra,
Como el sol otra vez te levantaste
Á bañarla en tu luz, excelsa Roma!

¡Ah! reina destronada, tú gemiste
De aquella noche en las tinieblas lóbregas;
El mundo desprendido de tus brazos
Rodó al incendio de las fieras hordas
Del Septentrion, y roto en mil fragmentos
Creyó su destruccion y muerte próximas.
Tú misma, al contemplar ensangrentadas
Del Tíber las corrientes caudalosas,
Al ver tu grieteado Capitólio
De donde huyeron las augustas sombras
De Mánlio y Escipion, al ver desiertas,
Sin legiones, tus plazas espaciosas,
Al escuchar el galopar cercano
De los corceles de las tribus godas,
Temblaste por tu suerte, como tiembla
La nave entre las mares borrascosas.

Tal vez, como acabaron sus destinos

La Grecia ó la guerrera Macedonia,
Se creyeron los tuyos terminados
Y tu muerte lloró la tierra toda;
Mas nó, que en tus escombros humeantes
Se alzó la Cruz como en segundo Gólgota,
Y ante sus brazos para el mundo abiertos
El mundo recibió la Fé católica.
Los reyes, sucesores de los Bárbaros
Que te arrancaron tu imperial corona,
Postrados á los piés de tus Pontífices
Cayeron; muchedumbres fervorosas
Agrupáronse en torno á tus altares,
Y en medio de las guerras destructoras,
En medio del pavor y las ruinas
De la revuelta y desquiciada Europa,
Cuando Italia lloraba desgarrada
Por sangrientas venganzas y discordias,
Tu génio fulguró entre las tormentas,
Como el rayo del cielo entre las bóvedas.

Luchaste con los pueblos y los tronos,
Y á tu voz imponente y poderosa
Vacilaron los unos conmovidos
En sus bases firmísimas de roca;
Los otros, que orgullosos te retaron,
Heridos por los rayos de tu cólera,
Cual peñascos lanzados de las cumbres
Rodaron á tus plantas vencedoras;
Que el sueño acariciado por tus Césares
En sus noches de lúbricas zozobras,
Tambien de la ambicion de tus Pontífices
Alentaba las ánsias invasoras.

Jamás como á tu acento congregáronse
Los pueblos desunidos de la Europa;
Jamás como á tu grito el Occidente
Empresa acometiéra tan grandiosa;
La tierra enmudeció ante sus legiones
Que avanzaban cual nubes vengadoras,

Y vió cubierto su sangriento disco
El asiático sol con negras sombras.
Millones de cruzados, de la Siria
Pisando las arenas ardorosas,
Llevaron en la luz de sus espadas
Las rápidas centellas de tu gloria;
Los mares condujeron tus bajeles
Henchidos de esperanzas y victorias;
Tu nombre repitieron del desierto
Las ciudades proféticas é históricas,
Y del Arno al Cedrón, del mar helado
Á las riberas do Salém reposa,
El mundo cobijado nuevamente
Quedó bajo tus álas protectoras.

Es verdad que en tus bóvedas oscuras,
De tus iglesias en las redes góticas,
Encerrado el espíritu cristiano
Vegetó en las tinieblas opresoras;
Es verdad que á la ciencia encadenaste
Con torpes anatemas, é insidiosa
Te arrogaste el poder del pensamiento,
Y el imperio supremo de sus obras.
Con delirio fanático encendiste
La luz de las hogueras destructoras,
Y el siniestro fulgor de sus pirámides
Alumbró tus venganzas ominosas;
Más léjos de impedir el gran impulso
De las nuevas ideas salvadoras,
De tus viejos poderes arruinados
Ellas fueron las fúnebres antorchas.
¡Insensatos! En vano pretendieron
Detener las ideas luminosas,
Sujetar al planeta en el abismo,
Con diamantes clavar las altas bóvedas;
En vano asesinaron á Giordano,
En vano á Galileo en su mazmorra
Amenazan y exigen se retracte;
La torpe inquisicion que lo aprisiona

Soberbia falla que la tierra es fija,
Y sin embargo, en su impulsión grandiosa,
La tierra, oyendo el atrevido fallo,
Girando sigue en sus celestes órbitas.
Y cual ella los pueblos se emancipan,
Su derecho el espíritu recobra,
Su libertad demanda el pensamiento,
La razón se levanta triunfadora,
Y en sus hondos cimientos carcomido,
Batido por los vientos y las olas,
El tiránico sólio se quebranta
Y con sordo fragor se desmorona.

Si esclava en otro tiempo de sus leyes
Te negaste á la ciencia y las reformas,
Si sumida en la negra intolerancia
Luengos años yaciste, ¡sacra Roma!
Si al son de tus campanas ahuyentaste
Al espíritu libre de la Europa,
Hoy sacudiendo la fatal mortaja,
Al despertar abandonada y sólo,
Sin duda que recibes ese espíritu
De las razas modernas pensadoras.
No bajas al sepulcro con aquellos
Poderes que sin fuerzas se desploman;
Vives, sientes, palpitas, te levantas
De nuevo á realizar gigantes obras.
No han perecido los latinos pueblos
Cuyos nobles recuerdos atesoras;
Tiempo és de que conviertas á tus hijos
Tus miradas serenas de matrona;
Tú les diste tu vida, los acentos
De tu voz aprendieron, protectora
Les guardaste las Artes inspiradas
Por la idea pagana y la católica;
Sinaí refulgente, en tí se alzaron
Del derecho las tablas brilladoras;
Se rigieron por él los pueblos bárbaros
Y las cultas naciones de la Europa.

Recoge los girones de tu púrpura,
Vuelve á juntarlos ¡imperial señora!;
Si en torno de tus muros sacrosantos
Volvióse á unificar Italia toda,
Tiendan el vuelo tus gigantes águilas
Del Atlántico mar al ráudo Volga.
A tu voz agrupadas las naciones
Cesarán en sus luchas y discordias,
Las pazes firmarán en tus altares,
Y en torno tuyo federada Europa,
Saludará á los siglos venideros
Magnífica, potente y venturosa.

ANTONIO LEDESMA.

ESCRITORES ALMERIENSES.

D. FEDERICO DE CASTRO Y FERNANDEZ.

Poco conocido es el Sr. Castro entre nosotros, y culpa fué de tan injusto olvido su alejamiento de esta capital, donde nació, desde edad bien temprana; (hoy cuenta ya bastantes años y se ven blanquear en su cabeza algunos cabellos;) pero los que al cultivo de las letras y las ciencias se dedican y saben honrar debidamente á los hijos notables de su país, tienen en la estima merecida su talento y tributan á sus obras el aplauso á que son acreedoras.

El Sr. Castro, en efecto, posee una inteligencia poderosa y ha dado á luz diversas producciones, que bastan para proporcionarle envidiable crédito entre los aficionados al género de estudios á que él se consagra; no maravilla ciertamente por la fecundidad, ni deslumbra con los arranques sublimes del genio, mas cuantos trabajos lleva publicados merecen sin duda el calificativo de excelentes y muestran de indudable modo las eximias dotes de su autor. Si el Sr. Castro se hubiera mezclado en las agitadas luchas de la política y hecho palenque de sus tareas literarias á la corte, renombre y

fama de docto y de sapiente en alto grado conquistára, pues muchos otros, con ménos condiciones que él, la alcanzaron en aquellos círculos: sin embargo, aunque rinde culto á los ideales de la democracia, no ha querido nunca tomar parte activa en las contiendas de los partidos, y ansioso tal vez de dulce sosiego para su espíritu, se ha reducido á trabajar con reposo desde el retiro de su hogar, en más modestas esferas, si bien no tampoco insignificantes ni humildes.

Doctor en la Facultad de Filosofía y Letras, explicó en otro tiempo Historia de España en la Universidad de Sevilla y desempeña actualmente la cátedra de Metafísica del mismo establecimiento de enseñanza superior. La escuela krausista le cuenta entre sus adeptos, y no de los de ménos valía por cierto, como podemos probar con el testimonio del reputado publicista Sr. Azcárate, —cuya competencia en el asunto es bien notoria,—quien llama á nuestro compatriota «uno de los más distinguidos representantes de esta doctrina.»

Hace ya algunos años fundó el Sr. Castro en la antigua capital del reino andalúz, y en union de D. Antonio Machado Nuñez, una *Revista mensual*, en donde insertó diferentes artículos (*El concepto de nacion como postulado de la Historia general; Traducción de un compendio del Vedanta, por Ram-Mohun-Roy, etc., etc.*) También ha dado á la estampa vários y muy importantes en la *Revista de la Universidad de Madrid*, tales como la *Nueva biografía del Dr. D. Antonio Xavier Perez y Lopez*, con un breve bosquejo de su sistema filosófico, y otros muchos; sobresaliendo entre ellos, por su originalidad y mérito, el estudio titulado *Cervantes y la filosofía española*, que publicó despues en un tomo aparte, y del cual no nos es posible transcribir ningun fragmento, aunque lo hemos intentado, por la dificultad de presentar, como deseábamos, en breve espacio, párrafos que compendiáran en síntesis el pensamiento fundamental de trabajo tan extenso.

Segun digimos en la biografía del Sr. Salmeron, Don

Federico de Castro escribió asimismo, juntamente con aquel, un *Brevísimo compendio de Historia Universal*; mereciendo, de igual manera, elogio y mención, su *Pro-pedéutica histórica*, y el *Resúmen de las principales cuestiones de Metafísica analítica*, que recomienda Giner de los Rios en sus «Lecciones sumárias de Psicología»—también indicadas ya en el referido boceto anterior,—como uno de los principales libros que pueden consultarse para un estudio ámplio de la Psicología en general.

A la iniciativa del Sr. Castro se debe la publicación de la *Biblioteca científico-literaria* de Sevilla, para la cual prepara al presente nuestro paisano un *Estudio jurídico y filosófico sobre el arrendamiento*, y traduce *La Filosofía de Hartmann*, la *Psicología fisiológica*, por Hermann Lotze, la *Filosofía de Schopenhauer*, por Ribot, la *Psicología alemana contemporánea* del mismo, *La hija de Faraon*, por Georges Ebers, y otras. Antes ha ofrecido al público, del mismo modo, en dicha Biblioteca, la admirable *Historia de los musulmanes españoles*, de Dozy, correctamente vertida al castellano, anotándola con largos comentarios y precediéndola de una bien escrita introducción, en la que pinta de esta manera los más salientes hechos de la dominación arábiga en nuestra patria:

«Unas hordas semi-salvajes, dice, casi desconocidas
 »á los historiadores clásicos, que arrastraban penosa-
 »mente su oscura existencia en las tristes soledades de
 »la Arabia, inflamándose á voz de un pobre camellero,
 »cuyas extravagantes revelaciones no excitan al prin-
 »cipio mas que la sonrisa ó el sarcasmo de aquel pue-
 »blo excéptico; conquistando á su nombre aquel Orien-
 »te, barrera infranqueable del poder romano; sometien-
 »do á aquella Africa, jamás sometida, y haciéndose
 »dueños en un dia de ésta nuestra España, tierra en
 »que se marchitan los láuros de todos los conquistado-
 »res, y que, á despecho de las leyes mismas de la vi-
 »da, habia balanceado durante siglos el poder incon-
 »trastable de la Ciudad Eterna; una gente semi-bárba-

»ra, despreciadora de la agricultura, de la industria y
»del comercio, que estimaba profesiones indignas del
»hombre libre; cuya antigua ignorancia y cuyo nuevo
»fanatismo le lleva á odiar los tesoros del saber acu-
»mulados por el trabajo de todos los génios; plantando
»esos incomparables jardines que se llaman las huer-
»tas de Valencia, de Orihuela, de Múrcia y de Alicante;
»esas vegas de Córdoba, de Sevilla y de Granada que
»parecen soñados paraísos, y esos poéticos cármes en
»que florecen plantas exóticas suspendidas del azul de
»los cielos; cubriendo el Mediterráneo con las blancas
»velas de sus naves cargadas con los ricos tegidos de
»algodon, de lana, de sederías y de brocados que labran
»en Córdoba, en Sevilla, en Almería y en Granada mi-
»les de telares; edificando esa mezquita de Córdoba,
»esa Giralda de Sevilla, esa Alhambra de Granada que
»los ojos no se sácian de contemplar; enseñando á la
»asombrada Europa ese tan sábio como sencillo siste-
»ma de notacion aritmética que aprendieron de los in-
»dios, y á que el mundo, agradecido, ha bautizado con
»el nombre de numeracion arábica; inventando ó ade-
»lantando el Álgebra y la Trigonometría; descubriendo
»en los cielos astros que habían escapado á las miradas
»de Hiparco y Ptolomeo, y en la tierra plantas salu-
»tíferas desconocidas á Aristóteles, Teofrastró, Hipócra-
»tes y Galeno; haciendo resonar en nuevas líras cantos
»hasta entonces no escuchados; creando la Quínica y pe-
»netrando más allá de lo visible en ese mundo de las
»eternas esencias en cuya diamantina red están tegidos
»la Naturaleza y el Espíritu que el sevillano Tofail y
»el cordobés Ibn-Rosch enseñan á Alberto el Grande,
»Santo Tomás y Ecoto; y luego, cuando han llegado á
»domar la oposicion de los vencidos, cuando la inquieta
»aristocracia árabe ha sido refrenada por la fuerte ma-
»no del poder real, cuando han conseguido levantar
»un imperio tan poderoso, que los Emperadores de
»Oriente y de Occidente, para captarse su amistad, le
»envían presentes y embajadas; tan rico, que por el ca-
»pricho de una favorita, hace aparecer, como por arte

»mágico, aquella poética Zahara en cuyos jardines cor-
»rían fuentes de bullente azogue, y cuyas maravillas
»nos parecerían el sueño de un poeta á no atestiguar
»unánimes su existencia escritos y ruinas; tan ilustra-
»do, que sus sábios dirigen la cultura del mundo du-
»rante siglos y nos asombra con el número de sus lite-
»ratos, de sus academias y de sus bibliotecas;—cuan-
»do acaba de producir á su mayor guerrero, aquel in-
»comparable Almanzor, el debelador de Búrgos, de
»Leon y de Barcelona, el que hace conducir en hom-
»bros de cautivos las campanas de Santiago, para fa-
»bricar con ellas lámparas que alumbren la mezquita
»cordobesa; entonces, en el apogeo al parecer de su pu-
»janza, cuando apenas el héroe acababa de ser enter-
»rado en el polvo de sus victorias, el califado se di-
»suelve, y unos pocos de aquellos vencidos en un dia
»que se habían refugiado en las montañas asturianas,
»donde al principio, ajenos á toda policía,—vivían co-
»mo fieras,—persiguiéndolos de campamento en cam-
»pamento y de ciudad en ciudad, acaban por obligarles
»á abandonar hasta el último aquella tierra enriqueci-
»da con su sudor, que sus enemigos prefieren ver yerma
»y deshabitada, á dejar que les preste aquel asilo que
»piadosa no niega ni el esclavo;—cosas son que más
»parecen uno de esos cuentos de encantamento con que
»las nodrizas se complacen en suspender la inquieta
»atencion del niño, llevándole de asombro en asombro
»y de maravilla en maravilla, que sucesos cuya verdad
»la Historia ha comprobado con los delicados reactivos
»de la crítica, ántes de grabarlos para siempre en sus
»inmortales páginas.»

De intento hemos dejado para lo último el dar cuenta de otra obra del Sr. Castro, que figura en el tomo I de la misma Biblioteca. Nos referimos á las *Flores de invierno*, coleccion de cuentos y leyendas injustamente bautizada con nombre tan modesto, pues si, á la verdad, hay en ella muchas páginas que sólo pueden representar entre las otras el papel asignado á las hojas que en los ramilletes se destinan á darles forma y pro-

porciones de tales, como meros objetos de adorno, también descuellan á las veces en la misma claveles y magnolias; allí están, por ejemplo, *La codicia*, que no nos desmentirá, y *El príncipe hermoso*, *La esclava perfecta*, *La flor de agua* y algunas más, que parecen trazadas por la pluma de Becquer.

Arranquemos, para probarlo, una muestra de esta última:

«Era una noche muy clara; la luz de la Luna, penetrando por entre las entretegidas ramas, dibujaba en el suelo figuras caprichosas; el aire se hallaba perfumado con los campestres aromas de las flores de la Primavera. Parecía que se respiraba mejor, que el pecho se ensanchaba, que la naturaleza toda se confundía en un beso universal y ellos cedían al atractivo de aquella noche y caminaban lentamente, internándose por los senderos más escondidos.

«Entregados á sueños halagadores, de que ni ellos mismos saben darse cuenta, no se atreven á pronunciar una palabra que turbe el encantado silencio de la noche.

«Mas ¿porqué una exclamacion ha brotado juntamente de sus lábios?

«Bajo un enorme avellano florido, en cuyo añoso tronco se enredan una madreselva y un rosal, han divisado un trasparente lago, tan trasparente que se ven las arenas del fondo y tan pequeño que se tomara por el del nacimiento de la iglesia de la aldea. Sus aguas parecen á lo léjos teñidas de colores diferentes; sobre un fondo de nacaradas conchas se ven levantarse columnas de corales que sostienen cúpulas de cristal.

«Una figura blanquísima, más blanca que los rayos de la Luna, se ha precipitado asustada, al oír la exclamacion, entre las aguas de la fuente.

«Y no hay duda; todavía rizan su superficie las ligeras olas que ha producido su caída; todavía se divisa en el fondo el luminoso rastro de su vestido.

«¿Por qué se ha desprendido de sus brazos la sonrosada niña?

«No corre, no salta, vuela; cada instante parece más
»pequeña.

«Sus vestidos se confunden con los rayos de la Luna.

«Ya apenas alza un pié, ya se precipita dentro de la
»fuente.

«Es ella, sí, es ella, con su vestido blanco, más blan-
»co que los rayos de la Luna, con su corona de perlas y
»su sarta de corales.

«Es ella, *la xana de la fuente del avellano*, que trae
»en sus manos *la flor del agua*..

«—Que vuelvan las rosas á tus megillas, hermana
»mía; ¿quién ha de separarte desde ahora de tu hermano?

«Él ha conocido tu amor y otro amor como el tuyo
»no lo encontrará jamás.»

Y sin embargo, quien así escribe, quien de manera tan poética se expresa, intrínscase luego en las más árduas cuestiones filosóficas; á los pocos meses de ofrecernos aquellos deliciosos cuadros literarios, dá á las prensas un *Programa razonado de Metafísica* (actualmente en publicacion); y acaso cuando acaba de provocar nuestra hilaridad con su conversacion chispeante y amenísima, llena de agudezas y donaires, marcha diligente á poner un *pedimento* que le exige su profesion de abogado, pues el Sr. Castro no se limitó tan sólo á la carrera de las letras y es tambien jurisconsulto muy notable.

Pero no hay que extrañarlo, porque vivimos en un país singularísimo: ¿acaso no estamos viendo que un hombre eminente explica en la escuela de Ingenieros, hace el trazado de un ferro-carril, dá á luz profundísimos estudios sobre ciencias exactas, se conquista envidiable reputacion de orador con un discurso que le vale la cartera de ministro, y produce una revolucion en la literatura dramática, todo á un tiempo mismo? ¿quién ignora por ventura la historia de D. José Echegaray? ¡Oh, talento del hombre! Infinito y sin medida es tu poder; nada á tu influjo se resiste y reinas ya en la tierra para siempre como absoluto soberano!

LA POESIA LÍRICA CONTEMPORANEA

EN ESPAÑA. (1)

Error crasísimo sin duda el de los que creen impropias de nuestra época las soberanas manifestaciones de la fantasía; en vano alegarán para demostrarlo el indudable predominio que hoy ejerce, sobre todas las facultades, la razón; en vano sostendrán que la poesía ha caído en desuso, debiendo considerarse sólo como un elemento accidental y sin importancia; la verdad de los hechos es más elocuente que todas las teorías, y no es posible desconocer que si con las ciencias se consigue el progreso material, la literatura contribuye poderosamente al progreso moral; que si las ciencias perfeccionan el mundo físico, las letras ejercen su bienhechor influjo en el del espíritu, siendo la poesía el producto del amor nunca satisfecho del hombre á la belleza; unidas las dos en perfecto consorcio, complétanse mutuamente; y juntas constituyen el armónico cuadro de la vida.

Además, pocos siglos ofrecerán caracteres tan poéticos como el presente y condiciones tan adecuadas para el vuelo de la imaginación; cierto es que las creencias de la edad antigua y las costumbres de los tiempos medios, con sus fantásticas quimeras y delirios, prestábanse

(1) De un libro inédito.

admirablemente para dar á los cantos del vate cierto tinte de melancólico misterio y un aparato sobrenatural que ahora no alcanzan; pero es verdad tambien que las pasmosas maravillas de este siglo inmenso, la crisis profunda que se atraviesa actualmente en todas las esferas sociales, la gigantesca elaboracion de ideas que hoy agita al mundo, abren ancho campo al artista para dar rienda suelta á su mente y crear, en gallardos arranques geniales, obras asombrosas y concepciones brillantísimas.

Y hé aquí precisamente por qué entre todos los géneros que solicitan la atención del poeta, ninguno tan apropiado como el lírico para nuestra época; y por qué entre los diversos en que éste á su vez se subdivide, merece, á no dudar, la preferencia y satisface mejor que los demás las exigencias del presente periodo histórico, aquel que tiende á servir sus ideales más altos y refleja, con amplitud y elevacion, sus miras más grandiosas.

El mismo desenvolvimiento sucesivo de la poesía, así lo revela. Invade primero el campo mitológico, toma la épica carta de naturaleza, y la epopeya de Homero compendia y resume todos los adelantos de su época. Retratada en los cantos del poeta griego la infancia de la humanidad, con sus rudimentarias investigaciones en el mundo de las ciencias, con su embrionario y confuso conocimiento de los fenómenos que nos rodean, viene despues la edad média, la edad del sentimiento, y los rendidos trovadores cantan apasionados versos bajo los muros que guardan á la hechicera dama de sus purísimas ilusiones, ansiando encontrar en ella el lenitivo de sus penas y el consuelo de sus infortunios; pero la humanidad, como el individuo, vá desarrollándose, y si era propio de aquellos tiempos escuchar de los lábios del caballero la relacion de sus hazañas, expuestas en sentidos romances, avanzan los años y se trasforma con ellos el general espíritu y las aspiraciones de los hombres, dando lugar este cambio á una nueva evolucion de la poesía, que imposibilitada de

girar siempre dentro de la misma órbita, tiene que reflejar las tendencias de la sociedad en que vivimos. Pues qué ¿había de seguir expresando continuamente el suave murmurio de los arroyos y el lánguido gemido de las brisas? Bajo ningún concepto; en el poeta ván unidas en constante lucha las diversas corrientes del siglo, la razón, la duda, el arte y el sentimiento, y no ha de limitarse á ser como el amoroso ruiseñor, que en la enramada del bosque entona sus melancólicas endechas.

Mas en este punto riñen encarnizada batalla escuelas contrapuestas, y afirmase por alguna de ellas que la poesía está fuera de su centro siempre que se emancipa de su legítimo dominio para ponerse al servicio de cualquier idea, añadiendo que, como el arte no es docente, el poeta no debe ni puede proponerse enseñar. Nosotros somos en ésto de la opinion de un reputado publicista, que cree fácil conciliar ámbos extremos, pues «si al primor de la imágen y del metro, dice, se une la verdad y alteza de la idea, la poesía que junte las dos excelencias superará á la que sólo posea la primera, y si prescindimos de lo que dice para fijarnos sólo en cómo lo dice, la poesía perderá su valor social y el poeta dejará de ser *vate* para convertirse en *músico*.»

Los que reniegan de nuestros tiempos y suspiran por la vuelta del pasado, tributarán aplausos y alabanzas á quienes sigan aún imitando tan sólo á Virgilio, Anacreonte y otros génios de la antigüedad; pero cuantos sientan palpitar en su mente ideas más levantadas y generosas, otorgarán siempre su aprobacion entusiasta á los que se identifiquen con las aspiraciones de nuestra época, cantando á la naturaleza, la pátria, la libertad, el progreso, la virtud, el amor, la familia, la humanidad en suma, é inspirándose en el espíritu de las actuales sociedades, en sus descubrimientos, en sus invenciones y en sus controversias, auxiliados del arte, de la historia y de la filosofía. No quiere decir esto, sin embargo, que deban excluirse los géneros que representan otras tendencias; tesoros guardan de verdadera belleza, y sería injusta tan absoluta proscripcion; todos ellos son legíti-

mos y dignos de encómio; ninguno deja de contribuir á representar la diversidad de pasiones y sentimientos que nos conmueven, ántes bien son necesarios para retratarlos en toda su múltiple variedad; pero sin disputa alguna, ocupa por derecho propio el primer puesto en esta escala, la poesía que, sin ceñirse á pequeños y reducidos pensamientos, abarca mayores espacios y se extiende por esferas más ámplias.

Ahora bien, de todo lo expuesto ¿no se deduce la afirmacion, anteriormente hecha, de que el género lírico se adapta más que otro alguno á las exigencias de nuestro siglo y puede cumplir mejor que los restantes con lo que éste reclama? Todos convienen en que si otras épocas históricas se prestaron al desenvolvimiento de la epopeya por la posibilidad de encerrar en un sólo poema la vida uniforme de las generaciones que las compusieron, es hoy ésta demasiado complicada para que sea hacedero tal propósito, y asaz inmenso el movimiento de esta edad para abarcarlo en una síntesis. La dramática se aviene mejor á las condiciones actuales, porque tienen cabida en sus cuadros muchas fases diversas de la sociedad; pero es tambien insuficiente, dados los límites á que tiene que reducirse y las trabas escénicas que se oponen al vasto desarrollo de una accion grandiosa. Únicamente, pues, reune la lírica aptitudes más favorables á tal objeto; sólo ella permite al poeta recorrer todos los lugares en alas de su génio y le ofrece ancho campo donde vuele holgadamente su inspiracion; es, además, la poesía de la libertad en todos los órdenes, por lo mismo que tiene un sello de individualidad marcado, y ésto la hace más apropiada que las otras para nuestros tiempos, tan henchidos de ese universal espíritu.

Demostrada ya, por consiguiente, nuestra tésis, convirtamos la atencion al estado actual de esta rama poética en España,--que tan adecuadas condiciones reune para el desarrollo literario que siempre alcanzó, por la influencia misma de su clima.(1)--y veamos la manera de ha-

(1) Indudablemente éste la ejerce en el más alto grado, como prueban de bien cumplido modo la historia de nuestros países meridionales y la de los del Norte: ellas revelan que mientras Inglaterra y Alemania, por ejemplo, si han producido poetas tan eminentes como Sha-

cer las clasificaciones indispensables para orientar al lector entre el confuso dédalo de doctrinas que se sustentan.

Profusa abundancia de direcciones se nota en nuestra poesía lírica contemporánea, á poco que se la estudie; pero entre el conjunto abigarrado que á la consideracion del observador presenta, cláramente se distinguen tres escuelas preponderantes y vigorosas; no lograron formarlas algunos ingénios ricos y lozanos, que no ejercieron más influjo en nuestras letras que el de su propia personalidad, ciertamente importante, mas no revistiendo nunca la alta categoría de un sistema formado y completo; entre los representantes más ilustres del florecimiento romántico, quédanos todavía, por ejemplo, el incomparable y armoniosísimo Zorrilla, cuyos populares versos serán siempre uno de los timbres más gloriosos del habla castellana; pero pasó ya la época fecunda del apogeo de sus ideales, no responden sus cantos y leyendas á las aspiraciones y exigencias novísimas, por otros atendidas, y de consiguiente los elementos poéticos que á la pátria literatura aportára, han quedado sólo como pruebas inmortales de su génio, léjos de iniciar el camino que á nuestra jóven generacion señalan sus creencias. Necesario es, pues, prescindir de ellos en esta ocasion, é indispensable que nos fijemos en los que cifran este superior movimiento.

Nuñez de Arce, Campoamor y Becquer: he aquí los jefes, por decirlo así, de nuestra renovacion literaria: recorre el primero con su maravillosa inspiracion las árduos problemas que á la sociedad contemporánea se presentan, y es para nosotros el modelo de la poesía más propia de nuestros agitados tiempos; el segundo, con su mezcla felicísima de humorismo y energía, analiza, des-

kespeare y Byron, Goethe y Schiller,—los cuales deben sólo considerarse como esas excepciones que en todas las reglas se notan—han brillado mucho más en el ramo de las ciencias, Italia y España tienen, al lado de escasos matemáticos y filósofos, una pléyade numerosa de aquellos génios; en pintura, Italia muestra con orgullo los nombres de Rafael, Miguel Angel, Rubens, el Ticiano, y España los de Murillo, Velazquez, Fortuny y tantos otros; y en poesía, Italia cuenta con Virgilio, el Dante, Tasso etc., y España con Calderon, Herrera, Quintana y cien más.

entraña y ofrece en admirables cuadros poéticos los más íntimos sentimientos del alma humana, y nos encanta y arroba con los toques maestros de su privilegiado ingenio, que muestra cómo en los detalles al parecer más insignificantes y pequeños, sabe hallar el artista inagotables tesoros de belleza para sus creaciones; el último, en fin, expone con originalidad singularísima los afectos del corazón, los desengaños que le atormentan, las pasiones que le agitan y dá origen á una nueva faz de nuestra poesía erótica, caída ántes de su aparición en el amaneramiento y la rutina.

Por consecuencia, el que desee informarse del estado actual de la poesía lírica en España, á estas fuentes ha de acudir; quien aspire á conocer qué direcciones sigue y á qué fines obedece, en estos modelos ha de buscarlo; examíneseles con detención, invéstiguense sus propósitos, y se tendrá hecho ese estudio y se habrá comprendido ese movimiento.

Tal es el origen del presente trabajo y los móviles que á darlo á la estampa nos han impulsado: teniendo trazadas, de diferentes épocas, algunas consideraciones generales sobre los tres poetas citados, hemos creído que reuniéndolas y mostrándolas juntas, acaso pudieran constituir, dado el enlace que entre ellas existe, un cuadro, siquiera sea sucinto, de nuestra actual poesía lírica; y aunque con el temor de que quizás se advierta en su conjunto cierta incongruencia á esa causa debida, que no hemos intentado evitar para que quede intacto y sin correcciones que lo desvirtúen el primitivo sentido de las mismas, nos decidimos á ofrecerlas al público, como un mero y humildísimo ensayo. Acójalo él con indulgencia, y muéstrase benévolo al recibirlo; que sólo con esta esperanza se lo presentamos nosotros, y no tenemos la vana pretension de haber hecho un trabajo acabado y perfecto.

UNA AVENTURA TRAGICA.

«En nuestros viejos romances y leyendas siempre roba el moro á la linda infantina cristiana, y siempre el caballero cristiano logra su anhelo con la princesa mora, en la noche ó en la mañanita de San Juan.»

VALERA, *Pepita Jimenez.*

Arrojó la escala de seda y trepó por el muro. Despues se deslizó cautelosamente, burlando la vigilancia de los centinelas, á lo largo de las extensas calles de árboles y examinó con cuidado los alrededores. Cubría su pecho fino peto de acero y llevaba bruñido casco en la cabeza y cor-tante espada en el cinto.

Era un Príncipe cristiano, intrépido y valeroso, agregado á los ejércitos sitiadores de Córdoba: cuando tendía la noche por los espacios sus negras gasas y quedaba el campamento silencioso, gustaba de hacer atrevidas excursiones por los arrabales de la ciudad, y muchas veces inducía su temerario arrojo y su afan de aventuras y galanteos, hasta á penetrar en los jardines mismos de los Soberanos islamitas, desde donde observaba, oculto y recatado, los usos y costumbres de los mulsumanes y los sitios y disposicion del alcázar morisco. Así conoció á la hermosa Sultana de aquel espléndido palacio, predilecta del Monarca cordobés, y así, en estas rondas nocturnas, logró al cabo interesar su corazon apasionado y obtener su correspondencia y sus favores.

¡Soberbia belleza la de Záida la Sultana! Tenía ojos rasgados y negros, megillas frescas y sonrosadas, lábios finísimos y rojos, seno turgente y atrevido y un talle gallardo y gentilísimo, que se cimbreaba con voluptuosa languidez y donosura incomparable. Era, en fin, una muger maravillosa, un perfecto modelo de hermosura, como no acierta siquiera á forjárselo la fantasía más soñadora.

Záida formaba mal contraste con el terrible sectario de Mahoma á la sazón dominante en Córdoba; no se avenían los hechizos delicados y el tipo ideal de la divina Sultana, con la tosca figura y el bajo espíritu del Kalifa: Záida parecía en su poder y sometida á su dominio, una cándida paloma ¡prisionera en las garras aceradas de un halcón.

Compréndese, pues, que al ver al Príncipe Manrique, apuesto, galán, seductor, con su bizarro continente y distinguidas maneras, el alma hasta ¡entonces entumecida de Záida, se despertára de súbito y tendiera á unirse y compenetrarse con aquella otra alma tierna y delicada del cristiano, presentada á su vista como la compañera fiel y perfecta de sus dorados sueños.

Puestos al cabo de acuerdo Záida y Manrique, menudeando éste sus misteriosas visitas, en las que arriesgaba la vida, siempre expuesta en aquellas temerarias aventuras, y más enamorados y vehementes cada día, tuvo por fin, como era lógico y necesario, natural solución este amor arrebatado, y la Sultana y el Príncipe concertaron su fuga, precisamente para la noche misma en que hemos visto arrojar á Manrique su escala y subir por el muro, al principio de este relato.

Había llegado el solsticio de verano, y en la velada del 23 de Junio, fiesta tradicional de zambras y verbenas, todo respiraba poesía y amor; extendíase en los cielos brillante y luminosa la vía láctea, como soberana pléyade de mundos, y centelleaban las estrellas trémulas é inquietas, semejando el pestañeo incesante de esos otros soles radiosos que lucen y rutilan en las caras de las mugeres bonitas; las entreabiertas y aromáticas flores de los cármenes embalsamaban los aires con sus perfumes, y en el silencio completo de los extensos campos,—donde sólo resonaba durante el día el estruendo formidable de

la guerra, suspendiéndose en la noche las hostilidades, para dar tregua á la pelea y reposo al cuerpo,—escuchábase ahora únicamente el murmullo cadencioso de esos arroyos y riachuelos bullidores, que comparó en feliz frase el poeta con sierpes de plata desatadas entre flores.

Aproximábase la hora de la cita y Záida esperaba impaciente á Manrique; llegó éste al cabo, reuniéronse ámbos en silencio, y partieron entonces en un magnífico alazan, preparado al efecto por el Príncipe.

Al encontrarse unidos y libres [por vez primera, experimentaron los amantes inefables sensaciones; sus dos cuerpos, juntos y enlazados, parecía como que deseaban fundirse en uno sólo; y al estrechar Manrique á Záida entre sus brazos y al beber en los ardientes lábios de la Sultana la mágica dulzura del deleite, borróse de su turbada vista el mundo todo y sólo percibió ya la presencia hechicera y el contacto embriagador de aquella beldad fascinadora, trasunto exácto de las celestes hadas del paraíso del Profeta.

Y en tanto el noble bruto

con la crin tendida

la cola suelta y vagarosa al viento,

y la abierta nariz de fuego henchida,

los conducía léjos, muy léjos, atravesando valles y llanuras, como si sobrepujára con su ímpetu y empuje á la rápida velocidad de los alados vientos.

¡Qué hermosa iba la seductora Záida, qué apasionado y vehemente Manrique, y cómo, al descansar al cabo de su fatigosa jornada, dieron rienda suelta á la fogosidad indómita de su pasión avasalladora, y en ciego trasporte y en arrebató frenético, se entregaron á las expansiones locas de su amor delirante y ardentísimo!

Pero ¡ah! ¿de qué les sirvió más tarde su precaución y su reserva, y cuán pronto no tuvieron término funesto sus amores, si irritado el Kalifa con aquella desercion inesperada y presa su corazón de la rábía más fiera, rugió como el león herido, y un verdadero ejército de feroces emisarios corrieron y volaron sin descanso hasta dar con el paradero de los amantes?

Cesaron, pues, en plazo breve sus horas de dicha; sorprendiéronlos en uno de sus más felices momentos de ternura, y rendidos sin remedio, á pesar de la enérgica y desesperada defensa del valeroso Príncipe, fueron conducidos á la presencia del Señor de Córdoba, que con el despecho retratado en su rostro de hiena y la alegría de la venganza pintada despues en sus ojos de víbora, decretó la muerte inapenable y pronta de los amantes, que sucumbieron al cortante filo de una implacable gumía.

Sus ensangrentadas cabezas expuestas á la multitud, pregonaron la satisfaccion inmediata del agravio inferido al Soberano cordobés; pero allí mismo y aun así colocadas frente á frente, observábase una ligera contraccion en los lábios de Záida, que parecían enviar á Manrique un beso supremo de despedida.

S. DEL PASO.

UN RECUERDO.

Como en noche sombría,
Rompe el oscuro velo
Blanca estrella en el cielo,
Con dulce resplandor,
Así en mi alma desierta,
Cubierta de tristura,
Gallarda, fresca y pura
Brotó celeste flor.

Y esa flor delicada,
Flor de encanto divino
Que mi árido camino
De fragancia llenó,
Es el recuerdo dulce
Del ángel amoroso,
Que en fuego misterioso
El alma me abrasó!

JOSÉ FORNOVI.
